

2



BIBLIOTECA

DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON ÉXITO

EN LOS TEATROS

DE MADRID.

Hartzenbusch.
 Rubi.
 Gil (D. Isidoro).
 Navarrete.
 Olona (D. Luis).
 Doncel (D. Carlos).
 Valladares y Gar-
 riga.
 Bravo (D. Cefer.).
 García Gutiérrez.
 Coll (D. Gaspar).
 Tirado.
 Florentino Sanz.
 Peral.
 Asquerino (D. E-
 duardo).
 Roca Togores.
 Asquerino (D. Eu-
 sebio).
 Segovia.
 Lasheras.
 Retes.
 Cea.
 Escosura (D. Ge-
 rónimo).
 Peñalver.
 Campoamor.
 Iznardi.
 Salas y Quiroga.
 Lomber.
 Hurtado (D. Ant.).
 Cañete.

Pa. ac os y Toro.
 Pina
 Salgado.
 Tejado.
 Larrañaga.
 Pezuela
 Alfaro.
 Elipe.
 Godoy.
 Escosura (D. Nar-
 ciso).
 Valladares y Saa-
 vedra.
 Lumbreras.
 Mayoli.
 Montemar.
 Diaz (D. José).
 Canseco.
 Diaz (D. Juan).
 Azeitia.
 Diana.
 Alba.
 Barroso.
 Cerro.
 Rosa.
 Calvo.
 Franquelo.
 Gutierrez de Alba.
 Vera (Doña Joa-
 quina).
 Doncel (D. Juan).
 Aguilera.



A un tiempo hermana y amante, t. 1.	2	2	Donde las dan las toman, t. 1.	3	3	El Ciego, t. en 1.	2	3
Ansias matrimoniales, o. 1.	2	7	De dos á cuatro, t. 1.	1	1	El cardenal Richelieu, o. 4.	2	9
A las máscaras en coche, o. 3.	4	4	Dos noches, t. 2.	3	2	El Duque de Altamura, t. en 3.	3	10
A tal accion tal castigo, o. 5.	1	5	Dieguiyo pata de anafre, o. 1.	2	4	El Dinero!! t. 4.	3	14
Azares de la privanza, o. 4.	3	4	Dos muertos y ninguno difunto, t. 2.	2	5	El Doctorcito, t. 1.	6	2
Amante y caballero, o. 4.	2	11	De una afrenta dos venganzas, t. 5.	4	16	El Demonio familiar, t. 3.	3	4
Acada paso un acaso, el caballero, o. 5.	4	8	D. Beltran de la Cueva, o. 5.	2	7	El Diablo en Madrid, t. 5.	2	7
Amor y Patria, o. 5.	2	10	Don Fadrique de Guzman, o. 4.	3	5	El Desprecio agradecido, o. 5.	4	5
A la misa del gallo, o. 2.	3	5	Dina la gitana, t. 3.	4	8	El Diablo enamorado, o. 3.	3	21
Amor imposibles vence, ó la rosa encantada, o. 3. Mágia.	5	19	Demonio en casa y ángel en sociedad, t. 3.	4	3	El Diablo son los nietos, t. 1.	2	3
Asi es la mia, ó en las máscaras un mártir, o. 2.	3	2	Dicha y desdicha, t. 1.	2	5	El Derecho de primogenitura, t. 1.	3	3
Actriz, militar y beata, t. en 3.	3	9	D. Fernando de Sandoval, o. 5.	2	8	El Doctor Capiroto, ó los curanderos de antaño, t. 1.	1	6
Al pié de la escalera, t. en 1.	3	5	D. Carlos de Austria, o. 3.	2	10	El Diablo nocturno, t. 2.	5	3
Arturo, ó los remordimientos, t. 1.	2	4	Dos lecciones, t. 2.	3	2	El Diablo y la bruja, t. 3.	2	9
Al asalto! t. 2.	6	9	Dividir para reinar, t. 1.	1	3	El Doctor negro, t. 4.	4	4
Angel y demonio ó el Perdon de Bretaña, t. 7 cuadros.	5	12	Esmeralda ó Ntra. Sra. de Paris, t. 5.	5	11	El delator ó la Berlina del Emigrado, t. 5.	3	16
A mentir, y medraremos, o. 3.	4	7	Enriqueta ó el secreto, t. 3.	2	6	El Espósito de Ntra. Sra. t. 1.	1	6
A perro viejo no hay tus tus, t. 3.	5	11	Elisa, o. 3.	2	4	El Españolito, o. 3.	3	5
Abogar contra si mismo, t. 2.	2	5	Enrique de Valois, t. 2.	2	10	El enamorado de la Reina, t. 2.	3	5
A mal tiempo buena cara, t. 1.	4	6	Efectos de una venganza, o. 3.	2	8	El eclipse, o. 3.	2	7
Amor y farmacia, o. 3.	2	4	Entre dos luces, zarz. o. 1.	2	4	El Espectro de Herbesheim, t. en 1.	3	6
Alberto y German, t. 1.	1	2	Estela ó el padre y la hija, t. 2.	1	4	El Favorito y el rey, o. 3.	1	6
Andrés el Gambusino ó los buscadores de oro, t. 5.	3	9	En poder de criados, t. 1.	3	2	El fastidio ó el conde Berford, t. 2.	1	5
Amor y ambicion, ó el Conde Herman, t. 5.	2	14	Españoles sobre todo (2.ª pte.) o. 3.	2	12	El guarda-bosque, t. 2.	3	4
Amor de padre, o. 2.	2	3	En la falta vá el castigo, t. 5.	3	8	El Guante y el abanico, t. 3.	3	3
Alfonso el Magno, ó el castillo de Gauzon, o. 3.	2	10	Engaños por desengaños, o. 1.	2	4	El galan invisible, t. en 2.	3	5
			Estudios históricos, o. 1.	2	5	El Hijo de mi muger, t. 1.	2	3
			Es el demonio!! o. 1.	2	3	El Hermano del artista, o. 2.	3	11
			En la confianza está el peligro, o. 2.	3	4	El Hombre azul, o. 5 cuadros.	3	10
			Entre cielo y tierra, o. 1.	2	2	El Honor de un castellano y deber de una muger, o. 4.	2	10
			En paz y jugando, t. en 1.	2	3	El Hijo de su padre, t. 1.	3	6
			Enrique de Trastamara, ó los mineros, t. en 3.	3	9	El Himeneo en la tumba, ó la hechicera, o. 4. Mágia.	4	7
			Es un niño! t. en 2.	4	7	El Hechicero ó el novio y el mono t. 2.	2	9
			El Andaluz en el baile, o. 1.	2	3	El Hijo de Cromwell, ó una restauracion, t. en 5.	2	10
			El Aventurero español, o. 3.	2	8	El Hijo del emigrado, t. en 4.	2	10
			El Arquero y el Rey, o. 3.	3	12	El hombre complaciente, t. 1.	3	5
			El Agiotage ó el oficio de moda, t. 5.	2	10	El hijo de todos, o. 2.	2	3
			El Amante misterioso, t. en 2.	3	6	El hombre cachaza, o. 3.	3	4
			El alguacil mayor, t. 2.	2	5	El heredero del Czar, t. 4.	2	10
			El amor y la música, t. 3.	2	4	El Idiota ó el subterráneo, t. 5.	4	11
			El anillo misterioso, t. 2.	4	5	El Ingeniero ó la deuda de honor, t. 3.	2	5
			El amigo intimo, t. 1.	2	3	El Lazo de Margarita, t. 2.	4	4
			El artículo 960, t. 1.	2	3	El Leñador y el ministro, ó el testamento y el tesoro, 6 cuadros.	7	12
			El Angel de la guarda, t. 3.	3	8	El licenciado Vidriera, o. 4.	2	7
			El artesano, t. 5.	3	8	El Maestro de escuela, t. 1.	3	4
			El Anillo del cardenal Richelieu, ó los tres mosqueteros, t. 5.	8	7	El Marido de la Reina, t. 1.	2	5
			El baile y el entierro, t. 3.	2	8	El Mudo por compromiso ó las emociones, t. 1.	3	3
			El campanero de San Pablo, t. 4.	2	4	El Médico negro, t. 7 cuadros.	4	12
			El contrabandista sevillano, o. 2.	3	10	El Mercado de Lóndres, t. id.	4	12
			El Conde de Bellaslor, o. 4.	4	8	El Marinero, ó un matrimonio repentino, o. 1.	3	5
			El cómico de la legua, t. 5.	3	10	El Memorialista, t. 2.	4	4
			El Cepillo de las ánimas, o. 1.	2	6	El marido de dos mugeres, t. 2.	2	3
			El cartero, t. 5.	3	10	El marqués de Fortville, o. 3.	2	7
			El cardenal y el judio, t. 5.	3	12	El mulato, ó el caballero de S. Jorge, t. 3.	4	11
			El clásico y el romántico, o. 1.	2	3	El marino, t. 5.	2	8
			El caballero de industria, o. 3.	3	4	El marido de la favorita, t. 5.	2	11
			El capitán azul, t. 3.	3	18	El Médico de su honra, o. 4.	4	6
			El ciudadano Marat, t. 4.	3	18	El Médico de un monarca, o. 4.	1	9
			El confidente de su muger, t. 1.	2	4	El Marido desleal, ó quien engaña á quien, t. en 3.	2	3
			El Caballero de Griñon, t. 2.	2	4	El mercado de San Pedro, t. 5.	4	9
			El Corregidor de Madrid, t. 2.	2	4	El naufragio de la fragata Medusa, t. 5.	3	11
			El Castillo de S. Mauro, t. 5.	3	10	El Nudo Gordiano, t. 5.	3	6
			El Cautivo de Lepanto, o. 1.	1	4	El Novio de Buitrago, t. 3.	4	6
			El Coronel y el tambor, o. 3.	3	4	El Novicio, ó al mas diestro se la pegan, t. en 1.	2	5
			El Caudillo de Zamora, o. 3.	3	7	El noble y el soberano, o. 4.	2	8
			El Conde de MonteCristo, 1.ª pte. 10 c.	4	16	El oso blanco y el oso negro, t. 1.	1	6
			Idem segunda parte, t. 5.	3	17	El Pacto con Satanás, o. 4.	2	10
			El conde de Morcef, tercera parte del Monte-Cristo, t. 7 cuadros.	2	12			
			El Castillo de S. German, ó delito y espiacion, t. 5.	7	9			
			El Ciego de Orleans, t. 4.	2	9			
			El Criminal por honor, t. 4.	2	6			
			El Cardenal Cisneros, o. 5.	1	11			



DON RAMIRO.

Drama en cinco actos y en verso, por D. Gerónimo Moran, representado por primera vez en el teatro de Valladolid, el año de 1839.

Dedicado á mi amigo Don Ceferino de la Ayecilla.—El Autor.

(SEGUNDA EDICION.)

PERSONAGES.

EL REY DON RAMIRO,
RODOLFO.
DON BERMUDO.
EL CONDE LEVIGILDO.
EL CONDE EVORICO.
CLORINDA.
BRENILDE.
OMAR.
ABENHAYA.
*Caballeros y soldados españoles.
Soldados árabes.*

La escena en Oviedo y sus cercanías: época el año 844.

ACTO PRIMERO.

Casa pobre de don Bermudo: puerta en el fondo por donde se vé un pais montañoso: á un lado una ventana.

ESCENA PRIMERA.

CLORINDA Y DON BERMUDO.

CLO. Y he de darle esa sentencia?

BER. Que no le disguste creo.

Burlo acaso su deseo?

CLO. No, mas burlais su impaciencia.

BER. Lo siento, pero es en vano que de convencerme trates: he dicho que en los combates habrá de ganar tu mano.

CLO. Y si muere?

BER. No es soldado?

CLO. Y valiente, á fé.

BER. Pues luego, ¿por qué altera tu sosiego

la corta trégua que he dado?

No quiero riqueza en él, ni timbres, pues solamente exijo que orne su frente un conquistado laurel.

CLO. Acaso difícil sea obtener ese tesoro.

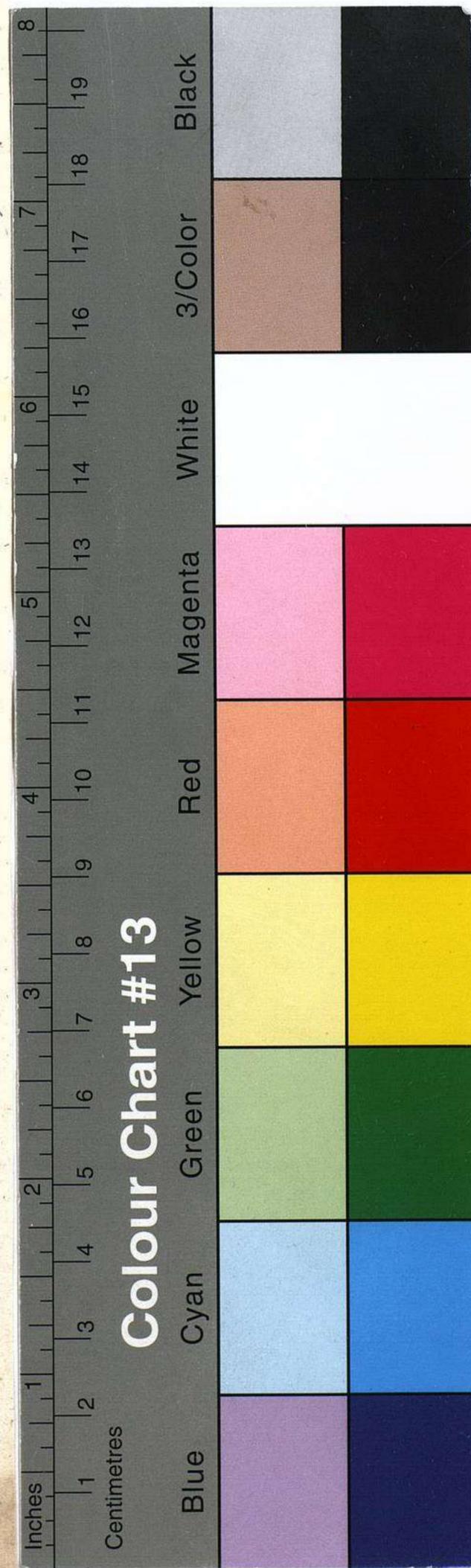
BER. Clorinda, el cobarde moro nos incita á la pelea; y aunque yo en la oscuridad me he condenado á vivir, aunque una lanza blandir no me consienta la edad, oscuro y trémulo viejo tendrá el musulman conmigo, sino un acero enemigo, un enemigo consejo.

Si, que veloz como el rayo, de la guerra en todas partes, haré alzar los estandartes á los hijos de Pelayo.

Vagaré por la montaña y haré que en toda la sierra, cunda el grito de la guerra hasta en la última cabaña Y no habrá poder en mi que mi voluntad altere. aunque el poder concurre del amor que cifro en ti.

CLO. ¿Acaso yo os contradigo, yo que soy vuestro embeleso, para que con tanto esceso esteis áspero conmigo?

BER. Clorinda, perdóname: mucho debo á tu cariño, pero si te alhago ó riño en este instante no sé. Ha tres lustros, poco mas,



que en estas sierras vivimos,
si entramos felices fuimos
tú, Clorinda, lo dirás.

Yo he conocido otros días
de momentos bulliciosos,
yo en deleites venenosos
he gastado horas impías.
La corte con sus placeres,
con su fausto y sus grandezas,
con su orgullo y sus bajezas
y sus brillantes mujeres,
un tiempo me deslumbraron,
tras su brillo corri ciego,
yo las cedi mi sosiego
y hasta el honor me llevaron:
Vengarle hubiera podido,
mas el hado lo impedía,
porque la venganza mia
á mi patria hubiera hundido;
y así enuelto en tal tormenta,
sin un iris de bonanza,
sin honra y sin esperanza
de vengar jamás mi afrenta,
para la corte mori,
y aquí aislado y escondido
solo, hija mia, he vivido
por tu amor y para ti.

CLO. Pero ..

BER. Déjame un momento,
sé lo que vas á decir;
Rodulfo quiere partir
tu amor conmigo, y no intento
yo impedir vuestra pasión,
Clorinda, que á mi despecho
late también en mi pecho
aunque usado, un corazón.
Y esa es la causa porque
al par que yo lo deseo,
dilato vuestro himeneo.

CLO. No os entiendo por mi fé:
en notable confusión
me pone cuanto decís:
vos mismo os contradecís.

BER. Vuelve á prestarme atención.
En mi pecho, hija querida,
sino mezquinas pasiones,
de virtud las sensaciones
aun pueden tener cabida:
muerto para el mundo estoy,
no quiero honores ni fama,
mas si mi patria me llama,
ciego tras sus huellas voy.
Orgullosa el agareno
viendo á este pueblo tranquilo,
quiere profanar su asilo
de ambiciosa inquietud lleno.
¿Y querremos ser acaso
los fuertes hijos de España,
juguete vil de su saña
cediendo á sus huestes paso?
¿Será que pavor la jente
musulmana nos inspire?
No, jamás, mientras respire
de Pelayo un descendiente.

CLO. ¿Y Rodulfo por ventura
no es de vuestro pensamiento?

BER. Pues por eso mismo intento
reduplicar su bravura;
que si es ahora tal su brio

y su ardor en la campaña,
de hoy mas crecerá su saña
contra el musulman impio,
si le exijo por blason
para merecer tu mano,
un laurel que al africano
podrá arrancar en Leon.

ESCENA II.

Dichos, OMAR y ABENHAYA.

OMAR. El profeta os acompañe.

BER. Quién se atreve?.. (sorprendido.)

CLO. Cielo santo! (id.)

BER. (Estraña casualidad...)
Si habrán tal vez escuchado...)

OMAR. Por qué temblais, bella niña?
(adelantándose con Abenhaya.)

Que os suspende, buen anciano?

De paz venimos, y pienso
que no hay motivo sobrado,
para que así nuestra vista
os cause tal sobresalto.

BER. Ni yo, moro, estoy suspenso,
(reponiéndose y con dignidad.)

ni esta niña está temblando:
decid, pues, que objeto os guía
á este albergue solitario.

ABE. Conócese en lo altivo (ap. á Omar.)
al buen viejo que es cristiano.

OMAR. Mi llegada á este recinto
solo se debe al acaso,
y doy mil gracias al cielo
que ver me ha proporcionado
prodigio tal de hermosura
como el que estoy admirando.

CLO. Aunque el favor agradezco,
como es favor cortesano,
y yo no admito lisonjas,
podeis sellar vuestros labios.

OMAR. No os sorprendais; ni en Granada,
(con galanteria.)

ni en Córdoba, ni en el ancho
rodeo que el rio Betis
dá en nuestros reinos, acaso
no se encuentre una belleza
como la vuestra...

BER. Africano,
aunque respeto no os causen
ni mis canas ni mis años,
en palabras y en acciones
os importa reportaros,
si no moveis el alfange
con la presteza que el labio.

OMAR. La vejez y la hermosura
son muy temibles contrarios,
para el valor que se alberga
en corazones hidalgos;
y así, permitid, buen viejo,
que amenazas escusando,
vuelva otra vez á deciros
que dirige nuestros pasos
solo la paz.

BER. No os entiendo,
si no quereis explicaros.

OMAR. Pues bien, en pocas palabras:
hácia Oviedo caminando
dejamos la senda usada,
y en vez de hallar el atajo,

despues de dos largas horas
que sin concierto vagamos,
encontramos un encierro
en estos hondos barrancos;
mas cuando ya iba rindiendo
nuestras fuerzas el cansancio,
quiso la fortuna nuestra
que esta mansion divisáramos.
Por eso sin vacilar
hemos venido á rogaros,
buen viejo, que nos saqueis
del laberinto en que estamos.
BER. Si haré; pero permitidme
que yo os pregunte entre tanto,
el objeto que os conduce
de Oviedo á la corte.
OMAR. Vamos
á tratar con don Ramiro,
en nombre del soberano,
de Córdoba, Abderraman,
de quien somos emisarios,
asuntos graves que importan
bastante á los dos estados.
BER. Y qué asuntos son?
OMAR. Curioso
y exigente andais; mostradnos
senda fácil que conduzca
á la corte, donde vamos,
pues lo demas no os importa.
BER. Mas que á vos puede importaros.
ABE. Vive Alá, que estoy corrido (á Omar.)
de ver que tal desacato
asi sufrais...
OMAR. Abenhaya...
(ap. á Abenhaya; tratando de reprimirle.)
CLO. Padre, por Dios, reportaos;
(ap. á don Bermudo, como con temor.)
vuestras palabras me llenan
de terror y sobresalto.
ABE. Es chanza tal vez.
(ap. á Omar, y entretanto siguen fingiendo que ha-
blan Clorinda y don Bermudo.)
OMAR. No, amigo;
su hermosura y su recato,
sus brillantes negros ojos
y sus purpurinos labios,
hacen sentir á mi pecho
un desconocido encanto.
ABE. Al menos disimulad.
(dirigiéndose á don Bermudo que estará retirado á
un lado con su hija.)
En conclusion, buen anciano,
nos enseñais el camino?
BER. Yo mismo iré á acompañaros.
CLO. Pero padre...
BER. Nada temas, (ap. á Clorinda.)
quiero saber de su labio
qué objeto á Oviedo les guia,
y lo he de conseguir.
ABE. Vamos.
BER. Soy con vos en el momento;
esperadme un breve rato;
hija mia, sigueme.
CLO. (No sé porque estoy temblando.)

ESCENA III.

OMAR y ABENHAYA.

ABE. Pero, Omar, será posible?

OMAR. Pon en mi pecho una mano,
y su latir te dirá
si tranquilo he contemplado
tal portento de hermosura.
ABE. Pues importa que salgamos
cuanto antes de aqui.
OMAR. Lo siento.
ABE. De la patria el deber santo
nos llama.
OMAR. Pero el amor
me ase fuerte con sus manos,
y aunque quiero desasirme,
él sus esfuerzos doblando
vá, á proporcion que yo intento
buijar su influjo tirano.
ABE. ¿Olvidais que el rey de Córdoba
al nombrar sus emisarios,
ha elegido los mas fieles
de entre sus fieles vasallos?
¿Olvidais que Omar fué siempre
el terror de los cristianos?
OMAR. ¿Y olvidais vos, Abenhaya,
que fué Omar tan temerario
siempre en los lances de amor
como en los riesgos del campo?
ABE. Pero atendiendo primero...
OMAR. Atiendo á la vez á entrambos.
Ahora marchamos á Oviedo,
cumpлимos con nuestro encargo,
y si es preciso, se riñe
con todo el poder cristiano;
mas despues, ó al mismo tiempo,
vuelvo á este albergue volando,
y el guerrero será amante
y será siervo el tirano.
ABE. ¿Y no os inspira recelo
este misterioso anciano?
¿No os dá qué pensar que quiera
en persona acompañaros?
Pensad bien que es enemigo
el pais que ahora pisamos,
que estamos en este instante
de los nuestros apartados.
OMAR. Mas no deben estar lejos.
ABE. Y aunque se encuentren cercanos,
no pudiera llegar tarde
su socorro..?
OMAR. En ese caso
esta cimitarra...
ABE. Es una.
OMAR. Y mi esfuerzo?
ABE. Esfuerzo vano
es el del leon que cae
en una trampa enredado.
Mas silencio, que ya viene.
OMAR. Quién, mi bella?
ABE. No, el anciano.

ESCENA IV.

Dichos, BERMUDO, BRENILDE.

ABE. Podemos marchar ahora?
BER. Estoy á vuestros mandatos.
OMAR. ¿Y qué tiempo tardaremos
en descender hasta el ilano?
BER. Vos le vais á medir luego
desde ese monte elevado
que á la derecha habeis visto,
en donde puedo mostraros

segura senda, que os guie
hasta la llanura.

OMAR. Vamos.

BRE. Brenilde cierra la puerta:
vuelvo al instante. Cuidado!

BRE. El señor os acompañe
y os vuelva aquí sano y salvo.

ESCENA V.

BRENILDE sola, despues de haber cerrado la puerta.

Lléveme el diablo si entiendo
los misteriosos arcanos,
de esta casa singular
en el trascurso de un año
que sirvo en ella; el buen viejo
es incomprensible y raro:
mucho hablar contra los moros
siempre que se ofrece el caso,
y una vez que se presentan
él mismo vá á acompañarlos,
para que no se derrumben
por los enormes peñascos
de esas fragosas montañas.
Es singular el recato
con que vive; nadie sabe
ni quién es, ni cómo diablos
vino á vivir á estas sierras
cual pudiera un ermitaño.
Pero silencio, que su hija
dirige hácia aquí sus pasos.

ESCENA VI.

CLORINDA, BRENILDE.

CLO. Brenilde...

BRE. Señora mia?

CLO. Se marcharon?

BRE. Ya lo veis.

CLO. Si querrá la suerte impia?..

BRE. Quiere la suerte este dia
que al júbilo os entregueis.

CLO. No atino yo la razon.

BRE. Yo juzgo que la hay sobrada.

CLO. Si vieras mi corazon!

BRE. Tan niña y enamorada.
dará verle compasion.

¿Ignoro yo por ventura
que el señor Rodulfo os ama,
y que á premiar se apresura
vuestra amorosa ternura
de su amor la viva llama?
¿No sé que el nombre de esposa
le dareis pronto ante Dios,
y que en tanto no reposa
esa inquietud ardorosa
que os desespera á los dos?

CLO. No añadas, amiga, ahora
un tormento á otro tormento.

BRE. Pues qué, ¿sentireis, señora,
que quien tan fino os adora
os traiga yo al pensamiento?

CLO. Si, Brenilde.

BRE. Por mi fé,
que no entiendo lo que hablais.
Le olvidasteis?

CLO. No olvidé
nunca yo lo que juré.

BRE. Mi confusion aumentais:

por ventura él?..

CLO. No prosigas;
jamás Rodulfo fué infiel
á mis amantes fatigas.

BRE. De un tercero las intrigas,
ó vuestro padre cruel
acaso han desbaratado
vuestras dulces ilusiones?

CLO. Si, amiga, lo has acertado;
mi padre, desapiadado,
con funestas dilaciones,
quiere retardar ahora
nuestra proyectada union;
por eso el pesar devora
mi pecho.

BRE. Y llorais, señora,
mas que con justa razon.

CLO. Esta vida tan cansada
tambien me aflige en verdad;
estoy triste y fastidiada,
de hallarme siempre encerrada
en la misma soledad.
Qué me importa que sean bellos
estos collados gigantes,
cuando el sol estiende en ellos
de su luz con los destellos
tantos colores brillantes?
Qué importa que en la enramada
oiga yo trinar las aves,
que celebran la llegada
de la aurora nacarada
con sus cánticos suaves?

Qué me importan los arrullos
de tórtolas inocentes,
ni los vistosos capullos,
ni los sonoros murmullos
de las escondidas fuentes;
si esos misteriosos sonos
que yo no escucho serena
encienden mis ilusiones,
y despiertan mis pasiones
para aumentar mas mi pena?

BRE. Habeis tal vez conocido
fuera de aquí otra existencia?

CLO. Aunque lejos he nacido
de este lugar escondido,
en la edad de la inocencia
me sepultaron en él:
no sé, Brenilde, el objeto,
porque mi padre cruel
es hasta conmigo fiel
para guardar su secreto.

BRE. Conocisteis madre?

CLO. No,
ni sé tampoco quién era.

BRE. Le habeis preguntado?

CLO. Oh!
mil veces.

BRE. Me temo yo...
mas, ¡ay Jesus! si él supiera
que yo tal sospecha abrigo...

CLO. Quién?

BRE. Vuestro padre.

CLO. Y cuál es
la sospecha?

BRE. Si os la digo,
sabreis guardarla despues
cual la guardo yo conmigo?

CLO. Dudas acaso de mi?

Eso es hacerme un agravio.
BRE. El hombre que os tiene aquí...
(aproximándose á Clorinda con misterio y en voz baja.)
CLO. De mi padre hablais así?
 Sella, Brenilde, ese labio:
 no quiero escucharte ya.
BRE. Cuando sepais que recelo
(tomando una mano á Clorinda, y con el mismo tono que ha usado antes.)
 que no le debeis quizá...
(alumbra la escena un relámpago y se oye ruido de tempestad. Brenilde se santigua exclamando atemorizada.)
 Jesus!
CLO. Indignado el cielo
 con tus sospechas está.
BRE. Nada digais por piedad:
 yo hacerle tamaña injuria!
CLO. Deja eso ya.
BRE. Perdonad.
(empieza á llover, Clorinda se asoma á la ventana.)
CLO. Terrible es la tempestad.
BRE. Dios nos libre de su furia.
CLO. Y habrá tal vez sorprendido
 á mi padre en la montaña!
BRE. Muy de repente ha venido,
 mas ya se habrán guarecido
 con tiempo en cualquier cabaña.
(vuelve á oirse ruido de tempestad.)
 Jesus mil veces! cerrad.
 No os asusta la tormenta?
 Es mucha serenidad:
 pero al menos reparad
 que la lluvia es muy violenta.
CLO. En mal hora aquí vinieron
(separándose de la ventana.)
 esos moros importunos.
BRE. Y qué causas los trageron?
CLO. Que se estraviaron digeron.
BRE. Pues si encuentran con algunos
 montañeses, de temer
 es que los manden acaso
 donde no puedan volver,
 que es tentacion á mi ver
 encontrar moros al paso.
CLO. Son pensamientos villanos,
 y no es vil el montañés
 aun con sus mismos tiranos.
BRE. Si los hallan los serranos
 vos me lo direis despues.
CLO. Mi padre resistiria.
BRE. En eso teneis razon;
 pero tal vez no querria
 guardar con la gente impia
 esa arriesgada atencion.
(se oye un cuerno de caza.)
CLO. Silencio. No escuchas?
BRE. Si,
 el ruido de una corneta
 de caza es lo que senti.
(yendo hácia la ventana y llamando á Clorinda.)
 Mirad, mirad, desde aquí.
 Pobre gente! Como aprieta
 la lluvia; segun yo dije
 todos cazadores son;
 y aunque viejo, que bien rige
 uno que aquí se dirige
 el revoltoso bridon.

CLO. Viene solo?
BRE. No, otros dos
 ó pages ó compañeros,
 vienen de su huella en pos.
 Les abrimos?
CLO. Si por Dios,
 puesto que son caballeros.

ESCENA VII.

Dichos, el REY, LEVIGILDO, EVORICO.

REY. Dejemos en esa reja *(dentro.)*
 atados los palafrenes
 mientras la tormenta pasa;
 y ya que se nos ofrece
 tan bella ocasion, entremos,
 pues que no hay inconveniente
 que nos lo impida.
CLO. Pasad.
(adelantándose hasta la puerta para recibirlos.)
BRE. Que bien bautizados vienen!
REY. Guárdeos Dios, lindas serranas:
 Perdonad que de esta suerte
 á turbar tal vez vengamos
 la quietud de vuestro albergue.
CLO. Disculpa el atrevimiento,
 si atrevimiento esto fuere,
 la necesidad.
REY. Es cierto
 y necesidad urgente.
CLO. Podeis descansar, Brenilde,
 arrima esos taburetes.
(Brenilde arrima asientos y se marcha: los condes quieren poner al rey en medio, y este escusándolo se sienta á un lado, diciéndoles aparte.)
REY. Prudencia; porque deseo
 que nadie aquí á saber llegue
 con quien habla.
CLO. Si quereis,
 colgad para que se sequen
 vuestros mantos.
REY. No es preciso,
 vamos á partir en breve.
 Sois amable al par que hermosa;
 no os sentais?
CLO. Si sois prudente
 me sentaré, no es que os tema, *(se sienta.)*
 pero sabed que me ofenden
 las palabras lisongeras.
REY. Cuando un viejo las profiere,
 bella niña, no es que quiera
 tender amorosas redes;
 y en este supuesto, es claro
 que solo han de decir siempre
 la verdad.
CLO. Verdad que alhaga
 veneno escondido tiene.
REY. Iba á llamaros discreta,
 pero el labio no se atreve
 á disgustaros: yo pienso
 que no habeis vivido siempre
 en estos sitios.
CLO. Sí tal;
 por qué lo decís?
REY. Parecen
 vuestras palabras, señora,
 cultas asaz y corteses,
 para haber sido inspiradas
 en estos yermos agrestes.

CLO. Corteses? Oh! nunca, nunca
quiso mi enemiga suerte
que viera la corte yo.

REY. Y hay algo que os interese
en ella tal vez?

CLO. No hay nada:
mas cuando contarse suelen
en mi presencia las cosas
que en los palacios suceden;
cuando oigo hablar de las damas,
de los nobles, de los reyes,
y sus festines suntuosos
y sus fiestas esplendentes,
no sé que mágico encanto,
mal de mi grado, me impele
á desear imposibles,
por lo imposibles, crueles.

REY. Sois ambiciosa?

CLO. Tal vez.

LEV. Acaso, señor, sospeche (*ap. al rey.*)
la verdad.

REY. No hay que temer: (*ap. á Levigildo.*)
es demasiado inocente.

CLO. Qué decis?

REY. Quereis conmigo
venir á donde yo os lleve?

CLO. Y á donde será?

REY. A la corte.

CLO. Qué sois en ella?

REY. Me suelen
llamar conde.

CLO. Conde vos?

REY. Pues qué? Tan mal os parece
mi persona?

CLO. No tal.

REY. Os determinais?

CLO. Plugiese
al cielo que para hacerlo
no tuviera inconveniente.

REY. Quién os lo impide?

CLO. Mi padre.

REY. Vuestro padre tambien puede
venir con vos.

CLO. Imposible:
ha jurado vivir siempre
lejos del mundo.

REY. Tal vez
podiera yo convencerle.

CLO. Es difícil.

REY. La razon?

CLO. Porque la corte aborrece.

REY. Con esto que me decis
ya anhelo en la corte verle.

CLO. Aunque al fin lo consiguiérais,
otro hombre mas me detiene
en este lugar.

REY. Entiendo;
(*Rodulfo va á entrar por la puerta del fondo, y vien-
do gente se detiene en el dintel.*)
algun amante: y no quiere
ese amador, que las gracias
de vuestra beldad se ostenten
en parage donde envidien
mil poderosos su suerte?

CLO. Es que le amo, y no quisiera
por todo el mundo perderle.

REY. Vendrá con vos.

ESCENA VIII.

Los precedentes, y RODULFO.

ROD. Ya no puedo (*adelantándose y
ser por mas tiempo prudente. ap.*)
Dios os guarde.

CLO. Mi Rodulfo!
(*levantándose y dirigiéndose á Rodulfo. El rey y los
condes se levantan tambien y hablan ap.*)

LEV. Airado por cierto viene (*ap. al rey.*)
el mancebo.

REY. A lo que entiendo (*ap. á Levigil-
do*)
recatarme ahora conviene:
hablad por mi.

LEV. Bien está.
(*el rey se cubre con su manto y se retira á un lado
con Evorico.*)

CLO. No me oyes?

ROD. Aparta, aleve.

CLO. Por qué causa tanto enojo?

ROD. Pregúntalo á quien se atreve
á mancillar alevoso
el honor de quien ausente
se encuentra.

LEV. Con quién hablais?

ROD. Con vos, y con el que intente
ofender como cobarde
honra del que nunca ofende.

LEV. Mentis, vive Dios.

ROD. Mi espada
os dirá mejor quien miente. (*desenvainando.*)
que siempre á razones tales
respondo yo de esta suerte:
reñid!

LEV. Yo riño en el campo
y sin testigos y á muerte.
A fuera aguardo.

CLO. Rodulfo, (*conteniendo á Rodulfo.*)
no saldrás de aqui, detente. (*fo.*)
(*Levigildo quiere tambien salir y el rey le detiene.*)

REY. Tened, conde; y el acero
guardad vos, porque os conviene!

ROD. Quien sois vos que asi atrevido...

REY. Soy el rey. (*descubriéndose.*)

CLO. Cielos, valedme.

ROD. El Rey! Lo siento!

REY. Por qué?

ROD. Porque el rey sin reñir yence, (*envainando
la espada.*)
y no es justo, vive el cielo!
que manchado mi honor quede.

REY. No hay ofensa; yo os lo abono;
id, condes, y los corceles
preparad, que la tormenta
ya por fin se desvanece.
A Dios, la bella serrana.

CLO. El mismo en su gracia os lleve,

ESCENA IX.

CLORINDA y RODULFO que estarán sin hablar algunos
momentos; poco despues DON BERMUDO.

CLO. Rodulfo!

ROD. Perdóname,
hermosa del alma mia,
me ofendieron y debia...

BER. Gracias á Dios que arribé.

CLO. Padre!

ROD. Señor, cómo asi
tan agitado llegais?

CLO. Dónde á los moros dejais?
 BER. Ya están muy lejos de aqui.
 CLO. Y por ventura el objeto
 de su embajada sabeis?
 BER. Si; mas no me preguntéis.
 ROD. Es acaso algun secreto?
 BER. Es que medrosa mi lengua
 no se atreve á pronunciar
 cosas que á España han de dar
 mucha gloria ó mucha mengua.
 CLO. Pero venis azorado,
 que es lo que os causa temores?
 BER. Decidme, esos cazadores
 que dé aqui se han separado,
 han pronunciado mi nombre?
 CLO. No, mas que os importa á vos?
 BER. Me importa mucho, por Dios;
 no buscaban aqui á un hombre?
 CLO. Buscaban solo un asilo
 contra la tormenta.
 BER. Y di,
 no te digeron á ti
 quiénes eran?
 CLO. Si, tranquilo
 sobre elló podeis estar;
 era el rey
 BER. Sagrados cielos!
 por nuestro mal, mis recelos
 se han venido á confirmar.
 En mi casa don Ramiro!
 ROD. Qué hay en esto que os asombre?
 BER. Es muy funesto ese hombre:
 huyamos de este retiro.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon régio.

ESCENA PRIMERA.

El REY, LEVIGILDO.

REY. En vano del pecho mio
 su imágen quiero arrancar,
 pues cuanto mas lo pretendo
 mas me persigue tenaz.
 Visteis belleza como ella,
 ni contemplasteis jamás
 á tal discrecion unidos
 pudor é inocencia igual?
 LEV. Hermosa es sin duda alguna,
 mas fué lástima, en verdad,
 que os confesase, señor,
 con tan rara ingenuidad
 el vivo amor que profesa
 de antemano á otro galan;
 porque entiendo yo que un rey
 cuando adora á una beldad,
 debe ocupar el primero,
 sino el único lugar
 en su corazon.
 REY. Acaso
 me habeis comprendido mal,
 conde, cuando tal decis.
 LEV. No acabais de confesar
 que os muy bella, y que su imágen
 os acosa pertinaz
 por todas partes?

REY. Es cierto.
 LEV. No me habeis dicho ademas,
 que es parecida en estremo
 á otra muger celestial
 á quien quisisteis?
 REY. Tambien.
 LEV. No acabais de suspirar
 en este momento?
 REY. Si.
 LEV. Y eso, señor, no es amar?
 REY. La adoro desde el momento
 que vi su rara beldad,
 mas no imagines por ésto
 que es una pasion vulgar
 la que ha encendido en mi pecho.
 LEV. Y quién ha dicho jamás,
 que amor en pecho de rey
 es como el de los demas?
 REY. Adulais, conde.
 LEV. Señor,
 digo solo la verdad.
 REY. Pues me ofendeis, vive el cielo,
 si habeis podido pensar
 que siento hervir en mi seno
 una pasion criminal.
 Hubo un tiempo, es verdad, conde,
 en que llegando á olvidar
 mis mas sagrados deberes,
 manché el tálamo nupcial
 y corrompi la virtud
 hollando mi magestad;
 instante ay de mi! tremendo
 que vivo en mi mente está,
 sin que de ella, á mi despecho,
 le haya podido arrancar.
 LEV. Será posible, señor,
 que puedan atormentar
 vuestro corazon magnánimo
 los recuerdos de una edad,
 cuyas manchas han debido
 ya otras edades borrar?
 REY. Hay manchas que no se borran,
 conde, en la vida jamás.
 LEV. Juveniles devaneos
 acaso tal vez serán.
 El monarca que en Narcea
 supo su trono afirmar,
 derrotando á los rebeldes
 que acaudilló un desleal,
 como aun las sangrientas aguas
 preconizándolo están,
 el rey esperanza firme
 de toda la cristiandad,
 que cuenta por sus victorias
 contra los hijos de Agar
 los soles de su reinado,
 debe en su gloria pensar
 tan solamente.
 REY. Ya basta,
 por Dios, el conde, callad;
 que en vez de cerrar la llaga
 la estais descarnando mas.
 Quereis que os descubra ahora
 los motivos de mi afan?
 LEV. Si hacerme ese honor quereis!...
 REY. Pues bien, atento escuchad.
 porque contándoos mis penas
 pienso que se han de aliviar.
 Bien sabeis que una muger

fué la causa principal
de que cayese en poder
la España del musulman.
Una muger! Mal he dicho,
fué mas bien la iniquidad
del rey Rodrigo, que esclavo
del amor clavó un puñal
en el seno de su patria.

LEV. El traidor fué don Julian,
godo indigno, que afrentado
pensó su afrenta borrar
entregándonos al moro:
esta es, señor, la verdad.
Mas qué tiene vuestra historia
con los cuentos de que hablais?

REY. Bastante, porque tambien
una torpe liviandad
del rey Ramiro, que ahora
hablando con vos está,
sepulte tal vez el trono
que debiera sustentar.
Tambien hay conde agraviado,
hay ultrajada beldad,
y ambiciosos berberiscos
que acechándonos están.
Ved si sobrados motivos
tengo para lamentar,
los que vos por devaneos
juveniles disculpais.

LEV. Dudais, señor, por ventura
del valor ó lealtad
de vuestros guerreros?

REY. No.

LEV. Pues cómo podeis pensar
que aunque hubiera otro tridor
como el conde don Julian,
lograra en vuestros soldados
nunca un apoyo encontrar?

REY. Cuando el traidor Nepociano
quiso mi trono usurpar,
sereno fui á los combates,
fui con placer, que aun es mas.

LEV. Y ya, señor, mas laureles
acaso no ambicionais?

REY. Si, conde; sé cuanto es noble
con arrojo batallar
por el honor del Estado,
ó en pro de la cristiandad,
mas por ahora á mi despecho
anhelo solo la paz.

Quando tuve la conciencia
cual cristalino raudal,
pura y limpia, fui á las lides
y supe en ellas triunfar;
mas hoy que acerbo me oprime
un recuerdo criminal,
cuando oigo el nombre de guerra
tiemblo, conde, á mi pesar.

LEV. Genté se acerca.

ESCENA II.

Dichos, y EVORICO.

Evo. Señor,
con vuestra licencia...

REY. Hablad.

Evo. Dos embajadores árabes
del monarca Abderraman,
demandan audiencia.

REY. Bien:
decid que pueden entrar.
(vase Evorico: el rey se sienta: Levigildo se coloca
de pie á su lado; un momento despues éntran Omar
y Abenhaya.)

ESCENA III.

Los precedentes, OMAR, ABENHAYA, y acompaña-
miento de caballeros cristianos.

OMAR. Monarca de Oviedo, salud os envia
y á vuestros vasallos, de Córdoba el rey.

REY. Con bien á mi alcázar os traiga este dia
el Dios que á los reyes impone su ley.
Qué objeto á mi corte, decidme, os dirige?
Negocios de guerra ó franca amistad?

OMAR. El rey nuestro dueño la prenda os exige
que de ambos estados afirma la paz.
Y os manda en retorno los ricos presentes
que pronto en Oviedo con gusto vereis;
del Bético suelo caballos valientes
que en vuestros dominios, señor, no teneis.
Os manda de guerra tajante cuchilla
con puño guarnido de rojo coral;
perfumes de Arabia, que envidia Castilla,
y objetos estraños del suelo oriental.
Os manda diademas de perlas y oro
y aceites que dando blancura á la tez
el cútis suavizan; preciado tesoro
que vuestras mugeres codician tal vez.

REY. Y en cambio de tales riquisimos dones
qué prenda, agarenos, me vais á exigir?
Cuidad que yo precio mis régios blasones
en mas que las perlas, y el oro, y zafir.

OMAR. Preciad, don Ramiro, preciad en buen hora,
los timbres escelsos de vuestro dosel:
nosotros tan solo pedimos ahora
legitimo impuesto gravado sobre él.
Justicia os demando; queremos el feudo
que el rey Mauregato pagar ofreció;
llevais su corona, tambien sois su deudo,
debeis pues pagarnos lo que élnos cedió.
Cincuenta doncellas cristianas y nobles:
cincuenta del pueblo que es número igual.

REY. Con faz amistosa, designios muy dobles
traeis á mi reino, si no pienso mal.
Pues vuestra alianza produce tal fruto
mas vale en las lides matando morir.
Sabeis que ese infame y odioso tributo
jamás se ha llegado por nos á cumplir?

OMAR. Sabemos tan solo que sois los deudores
y que ahora nos cumple la deuda cobrar.

REY. Mas bien, musulmanes, los crudos horrores
de guerra sangrienta quereis renovar.
Caballos valientes me dais, y en retorno
mugeres cristianas serenos pedis!
Audaces, cercadme: llegad á mi en torno
y al rostro escupidme. por qué no venis?
Me ofrecen cuchillas! Llegad y con ellas
mi cana cabeza del tronco arrancad,
primero que torpe con virgenes bellas
alhague la vuestra feroz liviandad.
Aceites y aromas, por Dios, son presentes
que añaden afrentas á tanto baldon.
Sin duda olvidasteis que son mis valientes
vasallos leales del rey de Leon!

OMA. La guerra os espera, ya están nuestras haces
con tiempo aprestadas y ansiosas de lid.

LEV. Por Dios no rompamos tan presto las paces.

REY. Dad vos un remedio.
LEV. Señor, consentid.
REY. Jamás, Levigildo, de vos yo esperára tan torpe consejo como ahora me dais.
LEV. Pues que ellos son falsos, guardemos la cara: (ap. al rey: en tanto hacen los moros como que hablan.)
 están aprestados y vos no lo estais.
 Juntad vuestra gente, y entonces sereno vereisme en el campo morir ó vencer: en tanto os prometo que al vil sarraceno en nuestra ventaja sabré entretener.
REY. Os he comprendido. (ap. á Levigildo.) (á Omar y Abenhaya.) Decid, musulmanes, quereis ese feudo por otro cambiar?
OMAR. Siendo ventajoso...
REY. Sin tantos afanes riquezas inmensas os puedo entregar.
OMAR. Sobradas riquezas, buen rey, poseemos; por eso caprichos ansiamos no mas.
REY. Y vuestros aliados quereis que saciamos caprichos tan torpes... tan viles?.. Jamás. Decid al rey vuestro, que cien de los mios soldados valientes le doy á escoger; ventajas le ofrecen su ardor y sus brios, que nunca reune la débil muger.
OMAR. No estoy revestido de tantos poderes, ni debo en consultas el tiempo gastar: cumplid pues el pacto.
REY. (levantándose.) Tendreis las mugeres: mañana el sorteo podeis presenciar. (con enojo, y marchándose: Levigildo le sigue; momento de silencio.)

ESCENA IV.

OMAR, y ABENHAYA.

OMAR. Vive Dios! Abenhaya, que harto siento esta docilidad del rey cristiano, y que mucho será si yo consiento que no empuñe mi diestra el hieiro insano!
ABE. Qué mas anhelar ya? Los deprimimos y doblan la cerviz acobardados ¡Qué mas, si sus mugeres les pedimos y nos las dan sumisos y callados! ¿Por qué correr los riesgos de una guerra, si en paz damos la ley á nuestro antojo, y consigue lo mismo en esta tierra pacifico pedir que fiero enojo? ¿Se ha borrado tal vez la honda huella que hizo con sus encantos soberana en vuestro tierno corazon, aquella hermosa y sin igual linda serrana?
OMAR. No se ha borrado, no; por eso siento que tan dócil y fácil don Ramiro nos aleje de aqui, cuando yo intento las delicias gozar porque suspiro. Ya en brillantes magnificos retretes no me halagan impúdicos amores, ni me embriaga el vapor de los pebetes, remedo del perfúme de las flores. Necesito un amor, dulce, escondido, un amor inocente y verdadero, que borre de mi pecho el fementido amor que en torpe harén gocé primero. Y ese amor que en mi mente me figuro, tan puro, celestial y soberano, le he de alcanzar aqui, yo te lo juro, con blando ruego ó atrevida mano.

ABE. Vive Alá que el amor os vuelve loco.
OMAR. Yo he de salir, amigo, con mi empresa.
ABE. Aunque vuestra pasion estime en poco, vuestra estraña locura me interesa. Dad lugar al discurso: si es mañana cuando hemos de llevarnos las doncellas, ¿quién os ha dicho á vos que esa serrana no ha de ser por ventura alguna de ellas? Si la suerte la libra, con sijilo podremos sorprenderla en su cabaña, y entonces, sin reñir, ledo y tranquilo el fruto cojereis de vuestra hazaña.
OMAR. Tienes razon á sé, dame esos brazos. (se oye dentro ruido de gente alborotada.) Mas qué rumor confuso ahora se siente?
VOCES. Hagamos á los déspotas pedazos. (dentro.)
OMAR. Pues habla con nosotros esa jente, oigamosles de cerca.
ABE. Deteneos; (conteniendo á Omar que quiere salir.) porque ese pueblo imbécil y cobarde, ardiendo de venganza en los deseos, querrá contra nosotros fiero alarde hacer de su valor.
OMAR. Qué importae so? (desenvainando la espada.) Envistamos los dos á la canalla, que el castigo que demos á su esceso mas gloria nos dará que una batalla. (sale desafortadamente: Abenhaya le sigue: crece la griteria.)

ESCENA V.

EL REY y LEVIGILDO.

LEV. Por esta parte se escuchaba el ruido.
REY. Los moros, vive Dios, me dan cuidado. Ola! (llamando: sale Eborico.)
EVO. Señor.
REY. Mi guardia. (Eborico sale de la escena, y vuelve con algunos soldados.)
EVO. Estais scrvido.
REY. Dispersad á ese pueblo alborotado. (marcha Eborico con los soldados: el rey se sienta: poco despues entra Rodulfo)

ESCENA VI.

EL REY, LEVIGILDO, RODULFO.

ROD. Perdona, justo rey. si asi me atrevo á presentarme audaz en tu presencia: crece el peligro, y pues que crece, debo tomarme en nuestro bien esta licencia. El pueblo enfurecido se alborota, porque piensa tal vez que tú prefieres al riesgo de sufrir una derrota que goce el musulman nuestras mugeres. Yo he rechazado la calumnia inmensa, he logrado calmar su injusta saña, y de un crimen, de Omar en la defensa he conseguido libertar á España. No alego estos servicios porque quiera tu ánimo interesar en mi provecho, que aunque español y Leonés no fuera, hidalgo corazon late en mi pecho. Vengo á pedir merced por esa jente que si temiendo por su honor se queja, confundida, señor, y reverente

á la voz de su rey calla y se aleja.

Quiere á la lid volar, y yo confío
que algo habrá su valor de merecerte:
vil nos ultraja el musulman impio:
declárale, señor, la guerra á muerte.

REY. ¿Y quién te ha dicho á ti, jóven osado,
que el rey Abderraman con su mensaje
pidiendo el cumplimiento de un tratado
hace al rey de Leon ningun ultraje?
Vé y dile al pueblo que callar le toca,
que si respeto mi poder le inspira,
deje esa pretension injusta y loca,
ó tema, vive Dios! del rey la ira.

ROD. Eres, si, nuestro rey y soberano:
lealtad y obediencia te debemos:
sé que tu alcázar con mi voz profano:
mas perdona, señor, y óyeme al menos.
Porque el clamor de la cristiana jente
solo respeto hácia su rey respira:
si la mandas callar, dobla la frente
y muda te obedece y se retira.
Y apurando en silencio hasta las heces
la copa del dolor y la amargura,
postrada ante su Dios con santas preces
alivio á tanto mal hallar procura.
Mas Dios nos manda batallar; lidiando
libres de servidumbre nos veremos:
si audaz el enemigo está esperando
con la ayuda de Dios le venceremos.
En nombre de Jesus yo te conjuro
que sacudas el yugo ignominioso,
con que el vil musulman pretende impuro
uncirnos á su carro desastroso.
Niégales desde hoy el feudo infame
con que el nombre español antes mancha-

mos:
¿Qué importa que la sangre se derrame
si con ella un borron torpe lavamos?

Mauregato traidor y fementido
cedió ese feudo vil que nos desdora,
que aunque en Leon por nuestro mal nacido,
hijo bastardo fué de infame mora.

¿Y aun hemos de pagar ese tributo
bajo el reinado de Ramiro el fuerte?

Jamás el leonés con rostro enjuto
por la vergüenza cambiará la muerte.

No, don Ramiro, no, que los laureles
con que orlaste tu sien en Roncesvalles,

espanto habrán de ser de los infieles
si consientes la guerra en declaralles.

Cuanto se opone, ó rey, á tu arrogancia,
eso tu hierro vencedor humilla;

las huestes formidables de la Francia
doblaron la cerviz á tu cuchilla.

¿Y el que pudo abatir la gloria un dia
del fiero Carlo-magno y de su jente,

hoy que viene á insultarlo jente impia
habrá de consentirla que le afrente?

Jamás, jamás! Despierta y dile al moro
que apreste sus vasallos á la guerra;

que una mujer cristiana es un tesoro
guardado para siempre en nuestra tierra.

REY. Has acabado ya? Por Dios bendito
que hablando así á tu rey mucho te espones.

ROD. Decirte la verdad no es un delito.
Qué tienen de ofensivo mis razones?
Ya que sordos están tus consejeros
á las voces de un pueblo escarnecido,
vengo en su nombre á recordar sus fueros

que se quieren tal vez dar al olvião.

REY. Silencio, vive Dios, mozo arrogante!
(levantándose, con muestras de enojo.)

ROD. Dispensadme, señor, si así me atrevo...

REY. Evorico! (llamando.)

EVO. Señor. (saliendo.)

REY. En el instante

llevad á una prision á ese mancebo.

(Vase el rey por un lado: Levigildo le sigue: Evorico y los soldados cercan á Rodulfo, y le conducen por la parte opuesta. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Decoracion de selva corta.

ESCENA PRIMERA.

CLO. RINDA, BRENILDE.

CLO. Aqui podemos pararnos,
pues que con sombra tan grata
esos álamos nos brindan.

BRE. Y en este sitio apartadas
sin que nadie nos escuche,
podeis contarme la causa
de vuestra afliccion...

CLO. Bien sabes
que ha motivado mis ansias
el rigor de un padre.

BRE. Si,
su oposicion temeraria
es muy justo que os lastime;
pero despues que olvidada
debierais ya de tenerla,
puesto que al fin resignada
el cumplimiento del plazo

que se os impuso aguardabais,
¿por qué volveis con suspiros
á atormentaros el alma?

CLO. ¿Estando Rodulfo ausente
tú me preguntas la causa?

BRE. Mas la ausencia será corta.

CLO. No ha sido sino muy larga,
que no hay nunca ausencias cortas
para los pechos que aman.

BRE. Ya, si vos quereis medir
cada momento que pasa
por un siglo, decis bien.

CLO. Si yo tuviera esperanza
de verle pronto, tal vez
mis quebrantos olvidára.

BRE. Y dónde marchó?

CLO. A la corte.

BRE. ¿Y á qué á la corte llevaba
los montañeses armados,
todos en tren de batalla,
donde los guerreros sobran
y estan de más las espadas?

CLO. Este es un nuevo secreto
que de mí con afan guardan,
y que añaden mas tormentos
á tantos como me asaltan.

BRE. Yo no sé si serán ciertas
las noticias de montaña;
mas segun tengo entendido,
una guerra se prepara
en que diz que las mujeres

están mas interesadas
que los hombres.

CLO. ¿Y das crédito
á semejantes patrañas?

BRE. Diz que vienen los de Córdoba
por cien doncellas cristianas
que ofreció no sé que rey,
y que primero que darlas
consentirán los de Asturias
entregar al diablo su ánima.
Por eso se hacen aprestos
de caballos y de armas;
por eso deja Rodulfo
aquí en el campo á su amada,
y por eso vuestro padre,
olvidado de sus canas,
recorre cual ágil joven
los bosques y las montañas,
difundiendo en todas partes
los gritos de al arma! al arma!

ESCENA II.

Dichas y RODULFO.

ROD. Muy bien, Brenilde, muy bien.

CLO. Rodulfo!

(arrojándose en los brazos de Rodulfo.)

ROD. Clorinda amada!

No en balde mi corazón,
palpitando de esperanza,
cercano ya de mi dicha
presintió que se encontraba.

CLO. ¿Esto es sueño por ventura?

ROD. Es realidad.

CLO. Oh cuán grata!

Tocándola estoy, y aun dudo.
Háblame, que tus palabras
desvanezcan los pesares
que han aflijido mi alma
durante tu ausencia.

ROD. ¿Acaso
me has hecho la ofensa, ingrata,
de tener celos?

CLO. No sé
en verdad lo que pasaba
por mi: celos? No, Rodulfo,
jamás Clorinda dudara
de tu fé: mas en la corte
dicen que hay tan bellas damas ..

ROD. Y eso no es estar celosa?

CLO. Es temer por lo que se ama.

ROD. Angel de amor! Oh! repite
tan hechiceras palabras
mil y mil veces.

CLO. Brenilde ..

BRE. Entiendo: ¿quereis que vaya
á decir á vuestro padre
de Rodulfo la llegada?
Voy volando.

CLO. Si, vé presto.

BRE. Que el cielo con bien os traiga,
señor Rodulfo.

ROD. Cuidad,
amazona temeraria,
de no lanzar esas voces
que escuché yo á mi llegada,
porque se ofenden los moros
y los cristianos se espantan.

BRE. Se espantarán en buen hora,

pero en cambio las cristianas
queremos guerra y mas guerra,
puesto que nuestra es la causa.

ESCENA III.

CLORINDA, RODULFO.

ROD. Vuelve á mis brazos, hermosa,
y disipa los pesares
que atormentan á millares
esta mi vida enojosa.
Ha un momento que en odiosa
y estrecha cárcel me ví,
mas deliré verte allí
jurándome eterna fé,
y delirando olvidé
todos mis males por ti.

CLO. Tú en prision, Rodulfo mio!
¿Quién es el bárbaro aleve
que despiadado se atreve
á sujetar tu albedrio.

ROD. El rey don Ramiro.

CLO. Impio!

¿Pero cuál fué la razon
para ponerte en prision
que tubo?

ROD. Solo mi audacia.

CLO. Tendrá tal vez por desgracia
que haya un valiente en Leon?
Estraño es á la verdad
que un rey que siempre hizo alarde
de valor, ahora cobarde
prenda á un hombre por lo audaz.

ROD. De toda la cristiandad
por el baluarte es tenido,
y ahora que el moro ha venido
á insultarle ante su trono,
cual si temiese su encono
no se dá por ofendido.

CLO. ¿Y cómo te has libertado
tan pronto de tus prisiones?

ROD. Prendiéronme unas razones
y las mismas me han soltado:
fui á la corte, alborotado
en ella al pueblo encontré,
y de su furor salvé
á un moro, que aunque valiente,
cercado por tanta gente
iba rindiéndose, á fé.

Entrome en palacio; llego
del rey mismo hasta el recinto,
y sin rebozo le pinto
del pueblo el desasosiego.
Digole que el vivo fuego
que arde por toda su tierra;
solo le apaga la guerra,
y airado por mis consejos,
propia condicion de viejos,
en una prision me encierra.

Sábelo el embajador
moro á quien yo libeté,
cuando entregado le hallé
de nuestro pueblo al furor,
y consiguiendo el rigor
calmar del rey agraviado,
logra por razon de estado
alcanzar mi libertad;
y yo libre, en mi ansiedad
vuelvo de mi hermosa al lado.

- CLO.** A Dios, Rodulfo, pluguiera
que nunca de él te apartaras.
- ROD.** Si tú de veras me amaras
muy fácil, Clorinda, fuera.
¿Qué es lo que tu padre espera
para que con santos lazos
pueda estrecharte en mis brazos?
- CLO.** ¿Y aplaudo yo sus razones,
cuando con sus dilaciones
me hace el corazón pedazos?
- ROD.** ¿Pues para qué dilatar
lo que al fin hemos de hacer?
Felices podemos ser
esta noche ante el altar.
Si tan firme en el amar
eres, Clorinda, cual soy,
consiente al fin en que hoy
pueda llamarte mi esposa.
- CLO.** ¿Piensas que yo deseosa
cual tú, Rodulfo, no estoy
de que el dichoso himeneo
nos una pronto á los dos?
- ROD.** Pues entonces, di por Dios,
quién se opone á tu deseo?
- CLO.** Mi padre...
- ROD.** Según yo creo
el amante frenesi
que yo en tu pecho encendi
fué solo vana ilusión.
- CLO.** Rodulfo, por compasión!
no me atormentes así.
¿Cuando cifro mi ventura
yo en idolatrarte fiel,
tú, ingrato, llenas cruel
mi corazón de amargura?
Del amor la llama pura
que arde en mi pecho encendida
solo se verá estinguida,
Rodulfo, cuando la muerte
disponiendo de mi suerte
corte el hilo de mi vida.
- ROD.** Si tu padre ha consentido
en que al fin tu esposa sea,
qué te importa que me vea
hoy mismo contigo unido?
Ház que nuestro afán cumplido
quede esta noche...
- CLO.** Repara...
- ROD.** Si, si, Clorinda, ante el ara
santa de Dios soberano,
hoy mismo obtendré esta mano
bella que tanto anhelara.
¿No siente tu corazón,
recordando el dulce instante,
que ha de unirse con tu amante
una halagüena ilusión?
- CLO.** ¿No temes la indignación
de mi padre?
- ROD.** ¿Yo temer
uniéndome á la mujer
que me ha deparado el cielo?
Siendo suyo, ¿qué desvelo
podré ya nunca temer?

ESCENA IV.

*Los precedentes, BRENILDE, que llega corriendo y
muy sobresaltada.*

BRE. Apenas respirar puedo.

CLO. Qué traes, Brenilde?

BRE. Acaban
de prender á vuestro padre.

CLO. Dios del cielo!

ROD. ¿Por qué causa?

BRE. De orden del rey han venido
con sigilo á la montaña,
unos soldados armados
y le llevan.

CLO. Virgen santa!
Sabes á dónde?

BRE. A la corte.

ROD. Corramos, y su desgracia
alivemos.

CLO. Si, arrojarme
quiero del Rey á las plantas.

ESCENA V.

Decoración del acto segundo.

LEVIGILDO, EVORICO.

Evo. Vos me direis, Levigildo,
la verdadera razón
que hay para tantos misterios.
¿Pensais por ventura vos
que esta embajada del moro,
que mas bien la tengo yo
por una afrenta villana
hecha á los hijos de Dios,
habrá de encender la guerra
en los reinos de Leon?

LEV. No sé, amigo, que pensar
de la estraña indecision
de nuestro rey.

Evo. Eso mismo
es lo que os pregunto yo.

LEV. No hay duda que le ha ofendido
tan singular petición,
y que quisiera en la guerra
prueba hacer de su valor,
como le ha hecho cuantas veces
necesario lo juzgó.
Pero á pesar de esto incurre
en tanta contradicción
al cabo de un solo día,
que es difícil, vive Dios,
saber si quiere la guerra,
ó si prefiere mejor
la paz.

Evo. ¿Y dará al de Córdoba
para obtenerla, ese atroz
tributo que ahora nos piden?
Nunca puedo pensar yo
que el rey manche sus blasones
con un tan torpe borron.

LEV. Cuando los embajadores
le dijeron su misión,
yo vi al rey con noble enojo
que en cólera se encendió;
yo le oí negar el feudo,
y con noble indignación
dar respuesta á la demanda
con que el moro le ofendió.
Mas despues, al audaz joven
que atrevido le pintó
con los colores mas vivos
la terrible indignación
del pueblo, que ante este alcázar

con unánime clamor
pidió la guerra; por premio
de su patriótico ardor,
dispuso que le encerraran
en una estrecha prision.

Evo. Es cierto; y á pocas horas
su libertad decretó;
libertad que pidió el moro
y que por eso la dió.

LEV. Lo mas notable con todo
es la orden que ha dado hoy
para que prendan á un viejo,
por haber sido el motor
de las revueltas del pueblo.

Evo. Y vive en Oviedo?

LEV. No,
es un hombre que aunque tiene
asentada su mansion
en la sierra, hace ya años,
todavía con teson
guarda su nombre y su origen.

Evo. Entonces cómo logró,
siendo así un desconocido,
solo el eco de su voz
alzar á los montañeses?

LEV. Goza entre ellos la opinion
de santo.

Evo. No digais mas.

LEV. Cuando á la sierra llegó,
dicen que llevaba joyas
de inestimable valor,
y que entre todos los pobres
liberal las repartió.

Evo. No es mucho entonces que goce
de santidad la opinion.
Y vive solo?

LEV. Una joven,
de belleza y de candor
modelo, es quien le acompaña.

Evo. Miren el santo varon!
Y pensé yo que seria
algun nuevo fundador
de monasterios.

LEV. Es su hija.

Evo. Entonces de tentacion
está libre. Sabeis, conde,
que llego á sospechar yo,
si será el padre de aquella
niña que nos dispensó
un asilo en su morada,
cuando á entrar nos obligó
la tormenta? Qué pensais?

LEV. Pienso que tal vez razon
tengais.

Evo. No me habeis vos dicho
que ciego el rey se prendó
de sus gracias?

LEV. Es verdad.

Evo. Y cuando mandó en prision
poner á ese mismo anciano,
no recordais que ordenó
que á palacio le trajeran?

LEV. Os daré contestacion
en otro instante, porque ahora
se acerca el rey. (mirando adentro.)

Evo. Pues adios,
que voy mientras vos le hablais
á cumplir mi obligacion.

ESCENA VI.

El REY, LEVIGILDO.

REY. Muy grato me es, Levigildo,
hallaros en ocasion
tan critica, pues teniendo
traspasado de dolor
el triste pecho, podeis
con vuestra conversacion
hacer que olvide un momento
todas mis cuitas.

LEV. Señor,
tengo un placer en servirlos;
á vuestra obediencia estoy.

REY. Cuando ayer mañana, conde,
os abri mi corazon,
cuando os espliqué la causa
del horrible torcedor
de mi conciencia, bien lejos
me hallaba de pensar yo
que en un término tan breve
se realizara el temor
que mas penas me causaba.

LEV. Los altos juicios de Dios
fueron siempre incomprensibles.

REY. Y qué es lo que intentais vos
decirme con eso?

LEV. Intento
daros á entender, señor,
que si el temor de la guerra
os causaba esa afliccion,
la guerra tal vez os vuelva,
con su laurel vencedor,
la quietud que os ha robado
hasta este momento.

REY. No,
no habrá guerra, yo lo espero.

LEV. Y preferireis mejor
que suframos los cristianos
el afrentoso baldon
de entregar nuestras mugeres
á los musulmanes?

REY. Oh!
es cruel alternativa.

LEV. No hay dudar en la eleccion.

REY. Si yo tan solo sufriera
de mi destino el rigor,
no vacilara un momento
en aprestar mi bridon,
y en lanzarme á los combates
contra el musulman feroz;
pero ciño la corona
de los reinos de Leon,
y aunque me sobra el enojo
y no me falta el ardor,
no quiero, conde, á la tumba
bajar con la maldicion
de todo un pueblo.

LEV. No es justo
que os asalte ese temor,
porque el pueblo os idolatra
y ha cifrado siempre en vos,
y en vuestra espada invencible,
su ruina ó su salvacion.

REY. El rey Rodrigo tambien
salvar su estado pensó,
cuando llevó á Guadalete
todo el valor español;
mas pereció en el combate,

arrastrando de sí en pos
el imperio de los Godos:
castigo impuesto por Dios
á las culpas de un monarca
tan culpable como yo!

LEV. Recuerdo, señor, que os digo
no ha mucho en otra ocasion,
que ni las culpas del rey,
ni del árabe el valor,
fueron los que derrocaron
el trono que allí se hundió,
sino del vil don Julian
la inesperada traicion.

REY. Y no sabeis, Levigildo,
que ofendido tengo yo
tambien otro conde?

LEV. Si?

REY. Y que puede ser traidor
á su patria, por vengarse
como el otro se vengó?
Quince años hace que falta
de los reinos de Leon,
y aun no sé yo donde oculta
su legitimo rencor.

Mas ay! tan tristes memorias
destrozan mi corazon!

Pobre Elvira!... era tan bella...
tan joven y ardiente yo...

Su resistencia era débil
para tan fuerte pasion...

Ah! y al fin manché insensato
de su pureza el crisol!

Dónde fuiste, bella Elvira?

En qué asilo te escondió
tu padre ofendido? Acaso

pensó de su deshonor
borrar la imágen, y airado

agudo hierro escondió
en tu hermoso seno. Acaso...

Mas qué es lo que pienso?... No...
perdona, conde, perdona,

si te infamo en mi dolor!

LEV. Es posible, don Ramiro,
tanto abatimiento en vos?

Será que asi eternamente
el desliz de una pasion

ha de atormentaros?

REY. Dadme
vos un remedio.

ESCENA VII.

Dichos, EVORICO.

EVO. Señor,
el anciano que mandasteis

reducir hoy á prision,
y conducir á palacio,

está ya en él.

REY. Bien por Dios:
haced que entre. *(vase Evorico.)*

LEV. No olvidéis
que si el pueblo levantó

fué en honra vuestra.

REY. Veremos
si él dá la misma razon.

Dejadnos ahora un momento
solos, buen conde, á los dos.

*(vase Levigildo: el rey se sienta: don Bermudo apa-
rece en el fondo, recatándose, y habla al principio
con el rey sin acercarse.)*

ESCENA VIII.

El REY, DON BERMUDO.

REY. Llegad, buen viejo: vuestro rey os llama:

BER. Qué tiene don Ramiro que ordenarme?

REY. Decid quien sois primero.

BER. Soy un viejo
débil y desgraciado, á quien mandasteis
prender esta mañana.

REY. Vuestro nombre
es lo que ahora os pregunto.

BER. Preguntadme
otra cosa, buen rey, que es ofenderme
hacerme pronunciar un nombre infame.
Si quereis que la historia de mis dias,
bien triste á la verdad, fiel os relate,
quizá podreis averiguar por ella
el nombre que os oculto.

REY. Miserable!
Avanzad; vive Dios! y descubrios,
y al punto vuestro nombre declaradme.
Qué me importan á mi vuestros misterios?
Por ventura os harán menos culpable?

BER. Ya que es preciso que ante vos parezca,
*(adelantándose y presentándose con firmeza delante
del rey)*

rey de Leon, si os atreveis, miradme!

REY. Don Bermudo!... Sois vos? O por ventura
(levantándose y manifestando en su rostro y ademanes la sorpresa y el sobresalto.)

es solo una ilusion aquea imágen
que con faz indignada me persigue
pidiéndome su honor en todas partes?

BER. Yo no soy don Bermudo, soy un viejo,
(en tono de amarga reconvencion.)
débil y desgraciado, y miserable,
preso por orden vuestra.

REY. Haceis escarnio
de vuestro rey porque le veis culpable?
Teneis harta razon.

BER. Decidme ahora
para qué soy llamado.

REY. Perdonadme!
Ya todo lo olvidé, solo me acuerdo
de aquel fatal y maldecido instante
en que os hice una ofensa, que bien cara
me ha costado por Dios; tranquilizadme,
dadme vuestro perdon; á vuestras plantas
postrado me vereis.

CLO. *(dentro.)* Por Dios, dejadme!
Quiero hablar con el rey.

BER. Cielos! mi hija!

REY. Elvira por ventura?

BER. Miserable!
busca á Elvira en la tumba.

REY. Elvira ha muerto!
Es verdad? Santo Dios.

BER. Vos la matasteis
con vuestra liviandad.

REY. Perdon!
*(en este momento sale apresuradamente Clorinda, con el
pelo tendido, y se arroja á los pies del Rey, sin reparar en
don Bermudo.)*

ESCENA IX.

Los precedentes, CLORINDA.

CLO. Justicia
vengo, rey, á pedirlos!

BER. Hija!
CLO. Padre!
 (Levantándose de los pies del rey al oír el acento de don Bermudo, corre á arrojarle á los brazos de este, esclamando con todo el arrebató de su placer.)

Estando ya con vos, quién osaría de vuestros dulces brazos arrancarme!

REY. Es delirio tal vez cuanto me pasa?
 Dentro de mi cabeza un volcan arde!
 Don Bermudo, perdon! Tú, niña hermosa, intercede por mi, tu eres un ángel que te envia el Señor compadecido para que alivies mis acerbos males. Por eso al verte por la vez primera vi en ti de Elvira la celeste imágen, por eso con tu voz en mi memoria dulcissimos recuerdos despertaste, y por eso al mirar tu faz hermosa enagenado el corazon me late. Quiero que vivas en mi alcázar; quiero que nunca de mi lado te separes. preciso es que asi sea; ven conmigo, condúceme á las plantas de tu padre, y pídele conmigo que perdone á este ser infeliz, que si culpable pudo ser una vez, harto ha llorado el deslíz criminal de un solo instante!

CLO. Vos perdon me pedis, cuando venia colmada yo de angustia á demandarle? Qué misterios son estos?

BER. Son arcanos del supremo Hacedor, que inexorable castiga por su mano á quien consigue del castigo del hombre libertarse; pues solo las de Dios eternas leyes para reyes y esclavos son iguales. Perdon me habeis pedido, yo os le otorgo, rey don Ramiro, desde el mismo instante en que olvidando la molicié indigna de gente vencedora en Roncesvalles, batalleis contra el moro que os afrenta viniéndoos á exigir tributo infame

REY. Acepto el pacto, don Bermudo, y quiero que volviendo á ocupar las dignidades renunciadas por vos, lleveis conmigo mis bravos leoneses al combate.

BER. Eso jamás, buen rey, que don Bermudo no es un nombre ya ilustre, es nombre infame, y fuera mengua en mi que le volviera á tomar otra vez, cuando olvidar le me plugo por mi bien: aqui en la corte solo amarguras encontré y pesares, la he dejado hace tiempo, y soy dichoso.

REY. Sino por vos, buen conde, por este ángel (acercándose á Clorinda y tomándola la mano.) de hermosura y candor; venid, Clorinda, venid á don Bermudo y suplicadle, uniendo vuestro acento con el mio, que pues olvida los pasados males, con vos viva en la corte, y para siempre renuncie á la morada de los valles. Qué me importa, Clorinda, que perdone la afrenta que le hice, si arrancarme del corazon, con esto no consigue el dolor que le oprime?

BER. No es bastante, buen rey, que te perdone un desgraciado á quien honra y sosiego arrebataste? No insistas mas, que el conde don Bermudo

murió para la corte en el instante que el honor perdió en ella; ven, Clorinda, (acercándose á Clorinda que ha permanecido junto al rey y llevándosela por el foro, de la mano.) hija de mis entrañas!... tú no sabes el veneno que tienen escondido en sus asilos régios los alcázares.

(El rey se queda como pasmado mirádoles partir. Después que han desaparecido, corre hasta el dintel de la puerta por donde salieron, y vuelve en seguida á la escena, denotando inquietud.)

ESCENA X.

EL REY solo.

Esperad, Conde... Partió!
 Estoy dormido ó despierto?
 ¿Fué solo ilusion, ó es cierto todo cuanto aqui pasó?
 ¡En palacio don Bermudo, y una hermana de mi Elvira!
 Será verdad ó mentira?
 Los he visto y aun lo dudo.
 He alcanzado mi perdon...
 ¿Mas qué me importa, si aun siento el atroz remordimiento maltratar mi corazon!
 Esa niña era tan bella!
 Y don Bermudo cruel se la ha llevado con él por dejarme á mi sin ella!
 Oh Dios! Cuantas confusiones me asaltan en este instante: aun tengo al conde delante: aun escucho sus razones.
 ¡Yo que traidor le temi, y por su patria esponia la existencia que escondia con tanto empeño de mi!
 Si asi tus ultrages vengas, si asi sabes perdonar, no es mucho, hombre singular, que fama de santo tengas.
 Hoy he de cumplir tu afan, pues que tu dicha se encierra en que declare la guerra al infame musulman.
 Hoy mismo levantaré el beligeró estandarte, que estando tú de mi parte nunca en los riesgos temblé.
 Evorico! don Fruela! (llamando.)
 Levigildo!

ESCENA XI.

EL REY, LEVIGILDO, EVORICO, varios gefes.

LOS CONDES. Qué mandais?
REY. Desde hoy mismo abandonais con los moros la cautela.
LEV. Les ha llegado un refuerzo.
REY. Eso por Dios, poco importa: si nuestra gente es mas corta tiene doblado el esfuerzo. Haced que mis paladines se apresten á la batalla, y que aturda á la canalla el ruido de los clarines. Mi loriga prevenid

y mi caballo y mi lanza;
mañana vuestra esperanza
vereis cumplida en la lid.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO

Decoracion del acto primero. Es de noche, y estará el teatro alumbrado por una lámpara que habrá encima de una mesa contigua á la puerta del foro.

ESCENA PRIMERA.

CLORINDA.

La tarde declina;
ya el sol á lo lejos
sus vivos reflejos
al monte negó:
ya todo en el mundo
tranquilo é inerme,
pacífico duerme
mientras peno yo.
¡Oh como se agolpan
en mi triste mente,
con furia inclemente
pensamientos mil!
Si ofendo á mi padre,
en vano á mi culpa
daré por disculpa
la edad juvenil.
Rodulfo, perdona
que mi pecho amante
asi vacilante
comience á dudar.
Clorinda, pues te ama,
no hará resistencia:
mas ay! su conciencia
la empieza á acusar.
Seguirte y dejarle!
Dejar al anciano
que con tierna mano
tanto me balagó!
¿Será que imprudente
á su padre aflija
traidora la hija
que loco adoró?
Mas yo he consentido:
Rodulfo lo quiere:
Rodulfo prefiere
morir á esperar.
Si cumplo su anhelo
su muerte yo evito,
y asi de un delito
le voy á salvar.
Morir y tan jóven!
Atroz pensamiento!
Rodulfo. . consiento
tu huella en seguir.
Mas ay! cuando vuelva
mi padre á este asilo
¿mi ausencia, tranquilo
podrá resistir?
¡Perdon, padre mio,
perdon te demando!
Te estoy ultrajando;
mas pronto vendré,
y á tus pies postrada,
y el llanto en mis ojos,

tus justos enojos
calmar lograré.
El cielo indignado
mi culpa condena;
por eso de pena
mi pecho colmó;
por eso sin duda,
en tanto que inerme
el mundo se duerme,
penando estoy yo. (se oye el prelude de un
arpa: Clorinda escucha con la mayor atencion.)

UNA VOZ. Ya el sol tras la colina
sus rayos escondió,
dejando en paz que reinen
las sombras y el amor.
Todo nos presta ayuda:
todo nos dá favor,
si duermes, bella mia,
despierta, que soy yo.

CLO. ¡Cuán blando que suena,
Rodulfo, tu acento!
Asi mi tormento
podrás disipar.
Llegada es la hora:
ya está preparada,
Rodulfo, tu amada
para ir al altar.

LA VOZ. Preságio de ventura
su vivo resplandor,
ostenta en el Olimpo
la estrella del amor
Todo nos presta ayuda:
todo nos dá favor:
si duermes, bella mia,
despierta, que soy yo.

ESCENA II.

CLORINDA, OMAR.

(Abre Clorinda la puerta del fondo, y entra Omar embobado en un albornoz blanco.)

CLO. No es Rodulfo, santo Dios!

OMAR. Soy un hombre que os adora,
mas que el amante, señora,
que impaciente aguardais vos.

CLO. Rodulfo, Brenilde!

OMAR. En vano
es que griteis, niña bella,
pues dispone vuestra estrella
que caigais hoy en mi mano.

CLO. Tened compasion de mi!

OMAR. Si; pero vendreis conmigo.

CLO. Esto es de Dios un castigo
porque á mi padre ofendi,

OMAR. Un castigo! Di mas bien
que el cielo al verte tan pura,
quiere elevar tu hermosura
á la mansion del Eden!

CLO. Qué lenguaje!

OMAR. Soy un moro: (descubriéndose.)
me conocéis?

CLO. Santos cielos!

OMAR. Premia, hermosa, mis desvelos,
Pues que constante te adoro;
depon con esos desdenes
el ceño de tu semblante;
no esperabas un amante?
Pues á tus plantas le tienes.

CLO. Es una infame traicion.

OMAR. Traiciones que amor inventa,
sirven de honra, no de afrenta,
porque en ellas no hay baldon.
Diéronme secreto aviso;
esa cancion me enseñaron,
y con ella me franquearon
la puerta de un paraiso.

CLO. ¿Pero qué es lo que intentais
con esta inicua sorpresa?

OMAR. Llevaros por amor presa.

CLO. Qué decis?

OMAR. Lo que escuchais.

CLO. Pedazos me hareis primero.

OMAR. Eso, Clorinda, jamás.

CLO. Pues no lo conseguirás.

OMAR. Al fin alcanzarlo espero.
¿Qué me importa que griteis,
altiva y bella española,
si sé muy bien que estais sola?

CLO. Cobarde! ¿y os atreveis
á sorprenderme por eso?

OMAR. Sé tambien que en este instante
aguardais á un fiel amante
de quien sois dulce embeleso.
Sé que tranquila tal vez
esperais que su venida
mis intenciones impida,
mas por mi vida creed
que no lo conseguirá;
porque mi gente arriesgada,
en esa puerta apostada
guardando á su dueño está.

CLO. ¿Y no tendreis compasion
de mis lágrimas tampoco,
ya que vanamente invoco
al cielo en mi intercesion?

OMAR. Compasion! Tenla de mi
una vez tú, virgen pura,
y disipa la amargura
de este amante frenesi.
Ven á Córdoba, y serás
alli la reina y señora,
y toda la gente mora
postrada á tus pies verás.
Ven, cristiana. á ser envidia
de las mugeres hermosas,
que nacen en las famosas
rejiones de Arabia y Lidia.
Con encantos mil y mil
apacible nos espera
la deliciosa ribera
del claro y fresco Genil.
¿Qué aguardas en esta sierra
donde están sonando agudos
los atabales sañudos
y los gritos de la guerra?
Los bélicos estandartes
levantan ya los cristianos,
queriendo estender insanos
la guerra por todas partes.
Deja este sitio de horror,
y ven donde te asegura
tranquilidad y ventura
con sus encantos amor.

CLO. ¿Y quereis que deje asi
á un padre á quien tanto adoro?
Muevaos á piedad mi lloro!

ESCENA III.

Los precedentes, ABENHAYA.

ABE. Señor, huyamos de aqui,
que en la inmediata colina
he visto jente acampada,
y me temo una emboscada
que ha de causar nuestra ruina.

OMAR. Donde está Omar con su alfango
no quiere que haya temor.

ABE. ¿Y podrá vuestro valor
resistir una falanje?

OMAR. Ya lo ois, bella cristiana;
disponed vuestra partida.

CLO. Arrancadme antes la vida!

OMAR. Siento que de mala gana
vengais, pero fuerza es.

CLO. No será, que si doy voces,
podrán acudir veloces
los cristianos.

OMAR. Vengan pues;
venga ese odiado rival
á arrancarte de mis brazos,
verás cual hace pedazos
su corazon mi puñal. *(sacando una daga.)*

CLO. Ah! señor, por compasion,
guardad ese hierro cruel,
que en vez de herirse á él
tra-pasas mi corazon!

OMAR. Bien está; yo le perdono,
(guardando el puñal)
que por no causaros pena
aunque mi ley le condena
vos le salvais de mi encono.
Mas seguidnos de buen grado.
Preparasteis la litera?
(volviéndose á Abenhaya.)

ABE. Con ella la gente espera:
ya está todo preparado.

OMAR. Venid al punto.

CLO. Jamás:
Padre, Rodulfo, favor! *(gritando.)*

OMAR. Como él acuda al rumor
yerto á tus pies le verás.

CLO. Librame tú, cielo santo,
de tan bárbara crueldad.
Socorro!.. Infames!.. Piedad!
*(Vá á huir gritando, y cae desmayada sobre un banco
que habrá junto á la mesa.)*

OMAR. Se desmaya!

ABE. Es el espanto.
Ola, traed la litera!
(acercándose al dintel de la puerta y llamando.)

OMAR. ¡Cuán bella está desmayada,
(contemplando embelesado á Clorinda.)
flor que tormenta impensada
marchita en su primavera!
Ven, Abenhaya, y admira
estos perfectos hechizos,
este color, estos rizos,
y el ambiente que respira;
ven .. *(entran dos moros con una litera.)*

ABE. La litera está aqui.
Salid de vuestro embeleso.

OMAR. Querrás robarla? *(con enojo.)*

ABE. Pues á eso
no nos habeis traído?

OMAR. Si.

ABE. De ese modo desechad

compasión tan importuna.
Buscabais esta fortuna?

OMAR. Si.

ABE. Pues con ella cargad.
(Cojen entre los dos á Clorinda, y colocándola en la litera, que conducen los dos soldados moros, salen por el fondo.)

ESCENA IV.

EL REY, LEVIGILDO.

REY. De noche y la puerta abierta!

Es mucha la confianza
de esta jente, cuando está
toda la tierra poblada
de berberiscos audaces.

LEV. ¿Y no me decis la causa
vos, señor, de esta visita
nocturna?

REY. Aquesta morada
es del conde don Bermudo:
de aquel hombre que me daba
tantos cuidados.

LEV. Ya sé.

REY. Entonces es escusada
la respuesta.

LEV. De ese modo
sospecho que vuestras plantas
guia el amor á este sitio.

REY. No, Levigildo; la patria
es la que aqui nos conduce.

¿Pensais vos que asi dejára
el rey de Leon su jente

en las tiendas de campaña
en indolente reposo,

cuando las buestes contrarias
vigilantes nos acechan?

La juventud temeraria
puede buscar los placeres

cuando el peligro amenaza,
pero bien sabeis vos, Conde,

que la vejez es mas cauta.
Segun dicen, don Bermudo

tiene por estas comarcas
mucho prestigio, y deseo

por lo mismo, que mañana
me ayude con sus consejos

y su ardor en la batalla
contra los moros.

LEV. Pues creo
que por ahora han de ser vanas

vuestras fatigas; bien veis
que no hay nadie en esta casa.

Tal vez estarán...
(se oyen los preludios de un laud.)

REY. Callad.
Qué es lo que suena?

LEV. Es un arpa.
Ya tenemos aventura.

REY. Oid; parece que cantan.
(canta dentro Rodulfo.)

ROD. (dentro.)
La antorcha que himeneo

benéfico encendió,
ya brilla en los altares

del templo del amor.
Todo nos presta ayuda:

todo nos dá favor:
si duermes, bella mia,
despierta, que soy yo.

REY. Si nada bueno han de darnos
estas necias aventuras,
mejor estamos á oscuras,
porque importa recatarnos.
(se acerca á la mesa y apaga la luz.)

ESCENA V.

Dichos, RODULFO.

REY. Quién vá?

ROD. Decid vos primero
quién sis?

REY. Decidlo antes vos.

ROD. Replicais?.. Pues, vive Dios
que os lo hará decir mi acero.

(sacando la espada.)

LEV. Ya que ni honra ni provecho (ap. al rey.)

hemos de alcanzar aqui,

ganemos la puerta, asi

se dará por satisfecho.

REY. Teneis, amigo, razon. (ap. á Levigildo.)

Fuera notable imprudencia

armar aqui una pendencia.

ROD. No responden? Ya es baldon

tal insolencia sufrir:

en guardia al punto ú os mato.

REY. Refrenad vuestro arrebato

pues no podreis conseguir

vuestro intento: solo estais

y somos dos...

ROD. (Santos cielos!)

El rey es. Dejadme, celos,

que hartos cuidados me dais.

LEV. Ya hallé la puerta, venid. (ap. al rey.)

REY. Parece que se ha callado. (id. á Levigildo.)

LEV. Le habrán tal vez arredrado (id. al rey.)

los peligros de la lid.

ESCENA VI.

RODULFO.

Se marchan si no me engaño.

Escuchemos... solo estoy,

voy tras ellos; mas si voy

será tal vez en mi daño.

¡Vengo á Clorinda á buscar

y encuentro al rey á su puerta!

Que me ofende es cosa cierta:

por qué no me he de vengar?

El rey la ama... ¿y es razon

que escudado con su nombre,

pueda impunemente un hombre

desgarrarme el corazon?

Qué me importa su corona?

Voy tras él... pero qué digo?

Yo de mi rey enemigo!

Perdona, señor, perdona.

¿Y quién me ha dicho tampoco

que son justos mis recelos?

Tal vez infundados celos

están volviéndome loco.

Acaso de mis venturas

perdiendo estoy la ocasion,

porque tengo la razon

como los ojos, á oscuras...

Acaso Clorinda está

aguardando recelosa.

Clorinda! Clorinda hermosa! (llamando.)

No me responde... Quizá

su padre la ha vijilado,
y sabiendo nuestro intento...
pero no... en este momento
solo á su padre he dejado.
Mientras él en la montaña
reunia nuestra gente,
yo vine aqui dilijente;
el corazon no me engaña.
He hallado aqui á don Ramiro
procurando recatarse.
¿Quién sino él pudo llevarse
la beldad por quien suspiro?
Te engañas, rey, si has pensado
que ocultarte has conseguido:
eres tú; te he conocido
por tu mal, desventurado!
¿Por qué espero y asi dudo
y en pos del traidor no corro?
Voy, Clorinda, en tu socorro.

(Vá á salir precipitadamente y le detiene don Bermudo
que entra al mismo tiempo con una linterna en la mano,
la cual coloca en seguida encima de la mesa.)

ESCENA VII.

RODOLFO, DON BERMUDO.

BER. Vuélvase atrás.
ROD. (Don Bermudo!)
BER. ¿Quién profana osado asi
con su planta? . Santo Dios!
Sueño, Rodolfo, ó sois vos?
ROD. Por mi mal...
BER. ¿Qué haceis aqui
con el acero desnudo,
y el rostro tan inmutado?
Me dais, vive Dios, cuidado.
ROD. Perdonadme, don Bermudo,
pues esta no es ocasion
de disculparme oportuna.
BER. ¿Y hallareis disculpa alguna
que pueda?...
ROD. Si, mi pasion.
Yo á Clorinda idolatraba
como á mi supremo bien,
y vos sabeis que tambien
ella constante me amaba.
Vos quisisteis alargar
nuestra suspirada union,
pero nuestro corazon
no pudo mas dilatar
el enlace á que aspiraba.
BER. ¿Y habrás por ventura osado
arrancarla de mi lado?
ROD. Al cielo pluguiese.
BER. Acaba.
ROD. Cerca de aqui hay una ermita.
BER. Ya lo sé.
ROD. Pues bien, en ella
iba á ser Clorinda bella
mia esta noche; una cita
para esto los dos nos dimos:
la seña era una cancion.
BER. Pero bien; en conclusion,
dónde está ahora?
ROD. La perdimos
uno y otro.
BER. ¿Qué dices?
ROD. Cuando á buscarla llegué,
á don Ramiro encontré

en lugar de ella.

BER. Infelices!
ROD. El rey es quien la ha robado;
pero en breve la tendreis,
ó este acero mirareis
en sangre régia manchado.
BER. Insensato! Qué profieres?
Se va á empezar la batalla.
ROD. Si á ella no logro salvalla,
qué me importan las mugeres
que el moro llevar pudiera?
Ahora mismo al campamento
voy del rey.
BER. Tente, insensato;
quieres con necio arrebató?...
ROD. Quedad con Dios.
(va á salir y don Bermudo le detiene por fuerza.)
BER. No consiento
que al rey vayais á buscar.
ROD. Y don Bermudo consiente
que un rey por ser rey le afrente?
BER. Lo primero es batallar.
Despues que el moro se rinda,
yo te juro por mi fe,
que tu valor premiaré
enlazándote á Clorinda.
Los hijos de la montaña
fuera de aqui reunidos
te esperan; que dirigidos
por ti, darán á la España
inmarcesibles laureles
y enteros siglos de gloria,
arrancando la victoria
á esos bárbaros infieles.
ROD. Imposible!... Antes mi amada:
este es mi primer deseo.
BER. Rodolfo, segun yo creo,
yo ya no te importo nada!
ROD. Clorinda es ahora mi ley.
BER. Mañana yo te aseguro
que será tuya: lo juro.
ROD. Y quién se la arranca al rey?
BER. Yo.
ROD. Por fuerza?..
BER. De buen grado:
hija es del rey.
ROD. ¿Qué decis?
Es verdad?
BER. Como lo ois;
hija suya es.
ROD. Desgraciado!
BER. Nació cuando á Francia fui
con mi hija Elvira.
ROD. Callad:
no me mateis, por piedad!
BER. Nadie lo supo hasta aqui.
ROD. Pero por Dios, con qué objeto
la habeis tenido escondida?
BER. Era el placer de mi vida
y me importaba el secreto.
ROD. Y ahora, por qué le rompeis?
BER. Porque rompiéndolo, evito
que cometais un delito
contra el rey.
ROD. Razon teneis,
que toda mi sangre ardia
reconcentrada en mi pecho,
y por Dios, que en mi despecho
ni aun al rey respetaria.

Ber. Puedes ir ahora á buscalla.

Rod. Cuan desgraciada es mi estrella!

Voy á hacerme digno de ella

ó á morir en la batalla.

(vase precipitadamente por la puerta del foro: don Bermudo le sigue á pasos lentos.)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

El teatro representa el campamento de don Ramiro, con varias tiendas de campaña: en primer término y á la derecha del actor, se distinguirá entre las demas por su magnitud la tienda del rey. Cuestas en el foro. Es de noche y estará alumbrada la escena por la luna.

ESCENA PRIMERA.

LEVIGILDO, EVORICO.

LEV. Qué es lo que tanto os agita, Evorico?

Evo. Busco al rey.

LEV. Y no puedo por ventura yo los motivos saber, de ese afan que en vuestro rostro pintado, conde, se vé?

Evo. Abderrahman en persona, con mucha gente y gran tren de batalla, diz que llega antes del amanecer. Dobles eran ya las fuerzas con que contaba el infiel: añadid ahora la gente que el monarca cordovés traerá consigo, y juzgad si el sobresalto que veis pintado en mi rostro, es justo. Suspenso os quedais?

LEV. Si á fé, porque no son para menos las noticias que traeis.

Evo. Nuestros mismos corredores lo han asegurado.

LEV. Y bien, pensais que con tal refuerzo podrá el califa obtener un triunfo sobre vosotros?

Evo. Que contestaros no sé.

LEV. Pocos somos en verdad, y grande el número es de los musulmanes, pero tengo con todo gran fé en que al fin de la jornada venceremos.

Evo. Puede ser. Oigaos, Dios, buen Levigildo. Mas no decimos al rey esta novedad?

LEV. Ha poco que en su tienda lo dejé entregado al sueño.

Evo. Y eso nos habrá de contener, para decirle en el punto nuevas de tanto interés?

LEV. Dejad que repose un rato; pues luego tiempo teneis para decirselo: vamos

entretanto á disponer nuestra gente.

Evo. Los soldados son de carne como el rey.

LEV. Qué quereis decir con eso?

Evo. Que pues reposan tambien, dejémosles descansar, que bien lo habrán menester.

LEV. Cosas asaz singulares, conde Evorico, teneis. Las fatigas de la mente acaso comparareis con las del cuerpo? Además, esta misma noche el rey mientras su gente acampada descansaba á su placer, desvelado ha recorrido toda la sierra; ahora ved quién es el que mas reposo necesita.

Evo. Decis bien.

LEV. Pues que os dais por convencido partamos.

Evo. No me direis qué objeto es el que ha tenido ese viaje?

LEV. Solo el bien de nuestra patria: venid los puestos á recorrer ahora conmigo, y en tanto por menor os contaré los sucesos de esta noche.

Evo. A vuestra órden me teneis.

(vânse haciendo como que hablan por las cuestas arriba. Queda sola la escena por algunos momentos, en cuyo intervalo entonarâ la orquesta una música dulce y pianisima.)

ESCENA II.

El REY, saliendo con lentitud y soñoliento de su tienda de campaña.

Ya, divina vision, tus pasos sigo: corramos á la lid en el momento, pues cercano levanta el enemigo orgulloso y audaz su campamento. Ahora que todo en el silencio calla, caigamos con furor sobre esos perros; que sientan el clamor de la batalla al par que las esposas y los hierros. (despierta) Mas dónde estoy? oh Dios! solo y cercado de tan densa y tan triste oscuridad? El lecho en que dormi no está á mi lado.

(mirando con ansia á todos lados.)

Esto es sueño tal vez, ó es realidad? Un momento no mas, celeste sombra, que tu vista, por Dios, me da consuelo. Quimérica ilusion! ya no me nombra, ya en vano por mirarla me desvelo. Oh! cuántos dulces misteriosos ruidos ansiosos mis oidos escucharon! Esos blandos, armónicos sonidos por qué tan presto, ay Dios! se disiparon? Dónde fueron las luces celestiales que al tiempo que mis ojos alumbraban, todos del pecho mis acerbos males y todas mis angustias disipaban? Y el divino Santiago, nuevo Marte, que radiante de luz hirió mis ojos,

dónde fué con su espada y su estandarte
y del vil musulman con los despojos?

(recapacitando.)

Esto tal vez del cielo es un anuncio:
noble es mi corazon y no me engaña,
que el apóstol Santiago siempre nuncio
de gloria y de esplendor fué para España.
(se acerca á su tienda de campaña, y en un escudo que
habrá colgado en ella, dará dos ó tres golpes con su ace-
ro; al ruido se pueblan las cuevas de soldados es-
pañoles.)

ESCENA III.

El REY, LEVIGILDO, EVORICO, varios gefes.

LEV. Qué mandais, gran señor?

REY. En el momento
haced que mis soldados se levanten,
y que en todo el cristiano campamento
himnos á Dios de gratitud se canten.

LEV. Está muy bien, señor; mas por ventura
las noticias sabeis de los contrarios?
Por nuestros corredores se asegura
que por mil sendas y caminos varios
van llegando africanos á esta tierra.

REY. Y eso es nuevo, por Dios? Cosa es bien llana,
puesto que va á empezar desde hoy la guerra
entre la gente mora y la cristiana.

LEV. El mismo Abderrahman guia la gente
que de refuerzo á los infieles llega.

REY. Me alegro que el Califa esté presente
como el rey de Leon en la refriega.

LEV. Su número ademas es infinito.

REY. Con eso el triunfo nos dará mas gloria.
Santiago, cierra España! sea el grito
que arranque á los impios la victoria.

LEV. Nos consuela, señor, esa esperanza.

REY. No habemos menester otro consuelo
que volar á la lid, en la confianza
de que nos presta su poder el cielo.
Os arredra tal vez el enemigo?

LEV. No, que ardoroso el corazon nos late.

REY. Pues bien, oid y juzgareis conmigo
quién saldrá vencedor en el combate.

Ha un momento cansado y fatigoso
me retiré á mi tienda de campaña;
triste, sobresaltado y cuidadoso
por el peligro que amenaza á España.

Busqué quietud, y me tendi en el lecho
esperando la lumbre de la aurora,
y pidiendo con férvido despecho
al cielo la quietud que gozo ahora.

A rendirme iban ya tantos enojos
como en mi pecho á mi pesar sentia,
cuando súbita luz hirió mis ojos
mas brillante que el sol de medio dia.

Atónito, y confuso y silencioso
tal prodigio en la noche yo admiraba,
cuando cerca de mi, dulce, armonioso,
un sonido escuché que resonaba.

Y era la luz tan bella y tan radiante,
y era tan apacible la cadencia,
que todo lo olvidé en aquel instante
transportado de un Dios á la presencia.

Y vi alzarse magnifico un guerrero
en medio de la luz resplandeciente,
hermoso el rostro, el ademan severo,
águila en el mirar, ancha la frente.

Blanquísimo corcel diestro regia,

y á sus pies ostentaba por despojos,
yerto tropel de la morisma impia
que vino á provocar nuestros enojos.

En la siniestra mano tremolaba
con las armas de Oviedo una bandera,
y roja cruz en el pendon brillaba
señal de nuestro triunfo verdadera.

Sonó su voz, como la voz del trueno
suele rugir en silencioso asilo,
y me pidió atencion, y yo sereno
callé y oi su relacion tranquilo.

Don Ramiro, me dijo, negro bando
de impios agarenos se avecina,
que sedientos de sangre estan ansiando
que alumbre el rojo sol esa colina.

No temas por tus bravos paladines,
lánzate sin recelo en la batalla,
y arroja al musulman á sus confines
sin desnudarte la acerada malla.

Pon tu esperanza en mi, y á un solo amago
verás rendirse los alarbes fieros;
yo te ofrezco mi ayuda, soy Santiago,
el patron tutelar de tus guerreros.

Dijo, y desapareció; con él huyeron
el resplandor celeste y la armonia;
volvió la oscuridad, mas no volvieron
las penas á ocupar mi fantasia.

LEV. Cosa estraña en verdad!

Evo. Raro portentoso!

LEV. Pues es Dios con nosotros, ya no hay duda
que habrá nuestro de ser el vencimiento.

REY. El apóstol Santiago nos escuda.

(volviéndose á los soldados que permanecen en las
cuestas.)

LEV. Cierra España, Santiago!

SOLD. Cierra España!

LEV. Guerra á los moros, leoneses.

SOLD. Guerra!

REY. Traspongamos al punto esa montaña,
lancemos á los moros de esta tierra.

(Estruendo y música marcial. Los soldados bajan de
las cuevas, y desfilan delante del rey: cuando este va á
salir con los condes y los gefes que le acompañan, apa-
rece de repente don Bermudo y le contiene. La música
va perdiéndose á lo lejos gradualmente, hasta quedar la
escena en el mayor silencio.)

ESCENA IV.

El REY, los condes, DON BERMUDO, gefes.

BER. Deteneos y escuchad
á un infeliz, si quereis.

REY. Sois acaso?...

BER. Ya lo veis.

REY. Hablad, don Bermudo, hablad.

BER. Estais, buen rey, muy sereno;
y lo estraño, vive Dios.

REY. Tambien lo estuvierais vos
sabiendo que el agareno
á los pies de mis caballos
antes de mucho quizá,
atado maldecirá
el valor de mis vasallos.

BER. Legitima es la razon;
mas decidme el fundamento.

REY. Acabo en este momento
una celestial vision
de tener; era Santiago
que con la espada desnuda,

descendiendo en nuestra ayuda
causó al infiel grande estrago.
Y todo pienso por Dios
que sale á nuestro placer,
pues que al fin os logro ver.

BER. Eso deseabais vos?

Lo fingis bieu. . vive Cristo!

REY. A mi, conde, tal reproche,
despues que toda la noche
os he buscado?

BER. No insisto.

REY. Os busqué, porque deseo
que alcanceis gloria conmigo
derrotando al enemigo.

BER. Para eso fuisteis?... Lo creo.
Y otra intencion no os llevaba
á mi albergue?

REY. Qué intencion!

BER. A solas, en conclusion,
hablar con vos deseaba.

REY. Muy bien. Amigos, partid. (*á los condes.*)

LEV. Qué será ello? Cielo santo!

REY. Podeis nuestra gente en tanto
disponer para la lid.

ESCENA V.

El REY, DON BERMUDO.

BER. Mucho me pesa en verdad,
buen rey, por ser tan añejas,
teneros que dar las quejas
que me debéis de otra edad.
Hidalgo corazon late
por mi desventura aqui;
por mi desventura fui
un tiempo vuestro magnate.
Me dábais nombre de amigo,
y asiento y mesa con vos,
y en secreto, vive Dios,
érais, señor, mi enemigo.
Recordad, aunque es aflija,
que un hombre mi honor manchó.

REY. Pero...

BER. Callad.

REY. Harto yo...

BER. Recordad que tuve una hija.

Sé que soy vuestro vasallo,
mas si existe alguna ley
que os autorice por rey
á deshonrarme, no hallo.

REY. Perdonado me teneis.

BER. Os perdoné, aunque era inmensa,
don Ramiro, aquella ofensa;
mas ofendido me habeis
de nuevo.

REY. Por Dios bendito
que no atino ...

BER. Bien fingis!

REY. En eso, conde, insistis?
Vive el cielo que me irritó!
Ese misterio aclarad,
que me atormentais con él.

BER. Cierto, el tormento es cruel;
pero es para mi.

REY. Acabad.

BER. Recordad que la venganza
que di á mi honor ultrajado,
fué abandonar el estado
sin honor.... sin esperanza!

Fui á encerrarme triste y loco
lejos, muy lejos de aqui,
y no supisteis de mi
mas, ni de Elvira tampoco.

Y no quise contra vos
promover sangrienta guerra,
porque sois aqui en la tierra
representante de Dios.

REY. Cuánto tu virtud me inspira,
hombre grande y generoso!

BER. En Francia busqué el reposo
retirado con mi Elvira.

Hija adorada!... El pesar
su existencia carcomia,
desde aquel horrible dia
que aun tiemblo yo recordar!
Cuánto la infeliz penó! .

REY. El pecho me haceis pedazos!

BER. Hasta que al fin en mis brazos
bendiciéndoos espiró!

REY. Esto mas, Dios soberano!

Bendecir á su verdugo!
Por qué ofrecerme ahora os plugo
recuerdo tan inhumano!

BER. Os entristeceis, señor,
despues que me habeis herido?

Qué bien finje el fementido
los extremos del dolor!

Muerta, ay de mi! aquella hija
propicio una niña el cielo
me dió para mi consuelo;
mas no hay mal que no me aflija!

Volvi con ella á esta tierra,
y aqui de vos escondido,
quince años ha, que he vivido
á la falda de esa sierra.

Fui feliz, sábelo Dios,
muy feliz, rey don Ramiro,
en tanto que mi retiro
fué un secreto para vos.

Mas aunque ya el recordarlo
es el bien que ahora me resta,
si he sido feliz, no es esta
ocasion de declararlo.

REY. Y para esto me buskais
en este momento?

BER. Vengo
por el bien solo que tengo,
y que vos me arrebatáis.
Vengo á buscar á Clorinda.

REY. Sé yo por ventura de ella?

BER. Quiso nuestra infausta estrella
que os pareciese á vos linda!
Pero tanta liviandad
ya en mi daño no consiento.
Devolvedmela al momento...
en este instante... ó temblad!

REY. Ni asi os entiendo tampoco.

BER. Contra mi honor atentáis
otra vez!

REY. Ved lo que habláis,
que juzgo que os volveis loco.

BER. Dadme á Clorinda.

REY. Aseguro
que no sé de ella.

BER. Mentira!
En el nombre de mi Elvira
os la demando.

REY. Os lo juro:

no sé de ella,

BER. Por piedad!

REY. Repito mi juramento.

(se oyen voces y ruido de instrumentos bélicos.)

Mas ruido de guerra siento:
jente se acerca, callad.

ESCENA VI.

Dichos, y LEVIGILDO con algunos soldados. Empieza
á amanecer.

LEV. Ya se ha empezado la lid.

REY. Sin que yo diera el aviso?

LEV. Asi la suerte lo quiso;
os diré como.

REY. Decid.

LEV. El tercio nuestro que se halla
á la ribera inmediato,
fué el que con fiero arrebató
dió principio á la batalla.

LEV. La causa?

LEV. Porque á él cercano
partida enemiga vió,
y sobre ella se arrojó,
pero fué su arrojo en vano.

REY. Cómo?

LEV. Los moros huyeron
por el llano á mas correr.

REY. Cobardes!

LEV. Una mujer
cristiana diz que les vieron.

BER. Una mujer? Cielos! (con ansia.)

LEV. Si,
y es Clorinda, buen anciano.

BER. Aun hay, destino inhumano,
mas tormentos para mi?

(dirigiéndose al rey y tomándole una mano para
llamarle mas la atencion.)

Es hija vuestra!

REY. Hija mia?

BER. Dióla en Francia Elvira á luz.

REY. No en balde fué la inquietud
que aqui en el pecho sentia!

BER. A libertarla corramos!

(marchandose precipitadamente.)

REY. Id, Levigildo, adelante.

(vase Levigildo: crece el rumor de la pelea.)

Soldados, en el instante
sobre el musulman caigamos.

Sufra á su vez esa grey,
de los cristianos verdugo,
el peso de nuestro yugo...

SOLDADOS. Viva España!... viva el rey!

(va á salir el rey con sus guerreros, y le detiene Aben-
haya, que entra al mismo tiempo escoltado por sol-
dados moros.)

ESCENA VII.

DON RAMIRO, ABENHAYA.

ABE. Escuchad un momento, don Ramiro,
antes de que acudais á la pelea,
y podeis evitar que vuestra sangre
se mezcle en esos montes con la nuestra.

REY. Yo no escucho al contrario cuando viene
á insultarme tal vez con su presencia:
el combate, Abenhaya, ha comenzado,
y debe hablar la espada, no la lengua.

ABE. El poderoso Abderrahman me manda

pediros en su nombre que estas sierras
al punto abandoneis.

REY. Basta, insensato;
si el castigo debido á tu insolencia
no quieres espiar en este sitio.

(Se vén cruzar por la montaña grupos de moros perse-
guidos por los cristianos.)

VOCES. Cierra, España, Santiago; guerra, guerra!

REY. No escuchas el clamor de mis valientes?

Llévale á tu monarca esa respuesta.

Corramos, hijos míos, al combate.

(volviéndose á sus soldados.)

ABE. Si dais un paso mas, vuestra hija es muerta!

(deteniendo á don Ramiro que vá á salir.)

REY. Bárbaro, qué decis!

ABE. Si, rey cristiano,

los fuertes gritos que los aires pueblan,
lanzados por tu hueste en la batalla,
ese secreto por tu mal revelan.

Hija tuya es Clorinda, tus soldados
por libertarla con furor pelean,

Omar, el bravo Omar ha sido victima

de su furia feroz en la contienda,

y muerto en la montaña, está á los suyos

demandando justicia; tus banderas

vencedoras acaso en este instante

en nuestro mismo campamento ondean.

La cruz del Nazareno está triunfando

de las brillantes lunas agarenas;

pero tiembla, ay de ti! si no retiras

tus guerreros al punto; si, que aun resta

al moro una esperanza; el cielo quiere

por raros modos redoblar tu pena,

arrancándote al fin una victoria

con que has contado ya: Clorinda es muerta
si el campo no levantas.

REY. Desgraciado!

¿Es esta por ventura ley de guerra,
ó es un precepto que escribió en su libro
con sangre de cristianos tu profeta?

ABE. Hallamos en el riesgo esa ventaja

y el momento, por Dios, no es de perderla.

Examinalo bien; dá muerte á tu hija;

ó retira tu jente.

REY. Suerte acerba!

¿Para esto, justo Dios, has permitido
que halla llegado al fin á conocerla?

Muy grande á la verdad es tu justicia,
pero tu ira tambien es muy tremenda!

ABE. Reflexiones inútiles; di pronto.

REY. Hija de mis entrañas!

ABE. Considera

que veloz corre el tiempo.

REY. Hombres crueles!

Compadeced, compadeced mi pena.

ABE. Una sola palabra aliviar puede
el martirio cruel que te atormenta.

REY. Yo os entrego mi vida, mas dejadme
el consuelo á lo menos de que pueda
estrecharla una vez entre mis brazos.

¿No sois padres vosotros? Ah! las fieras
si escucharan mi voz y mis lamentos
tan bárbaro dolor compadecieran.

ABE. Imaginas tal vez, rey don Ramiro,

que he venido á escuchar como te quejas?

REY. Incertidumbre atroz!

ABE. No será larga;

á Dios, padre inhumano.

(hace ademan de marcharse: don Ramiro le detiene.)

REY. Aguarda, espera:
un momento por Dios!

ABE. Decid pronto.

REY. Mi corazon sensible me aconseja
ceder á tu demanda.

ABE. Eso es lo justo.

REY. ¿Y victima he de ser de una flaqueza?

Si los cielos un medio me inspiráran...

(En este momento vuélvese á oír otra vez el estrépito
marcial y voces de los cristianos en las montañas.)

VOCES. Victoria por Santiago, guerra, guerra!

REY. ¿Qué es lo que oigo, gran Dios?... ¿Dónde
me hallo?

¿Qué voces de furor en torno suenan?

Don Ramiro, eres rey y tus vasallos
por ti á la muerte con furor se entregan!

Osarás arrancarles los laureles
que les concede la justicia eterna?

¡Inspiracion sublime que me envia
el cielo en este instante!

VOCES. Guerra, guerra!

REY. ¡Ya lo sé, justo Dios, vuelo al combate,
pues tu divina voluntad lo ordena!

(dirigiéndose á Abenhaya.)

Vé y dile á Abderraman, que si se atreve,
de Clorinda infeliz el pecho biera;

y si puñal le falta, tú en mi nombre
le puedes entregar mi espada mesma!

(arrojando á los pies de Abenhaya su espada.)

ABE. Se hará, pues lo quereis.

REY. Márchate al punto.

(Abenhaya se marcha con los suyos, despues de haber
recogido la espada que arrojó el rey.)

VOCES. Cierra España, Santiago! Guerra, guerra!

REY. Si, vamos á la lid; porque deseo
en ella terminar con mi existencia;

que es la vida, por Dios, harto pesada
para quien sufre tan horribles penas!

(Descuelga una espada que habrá en su tienda de cam-
paña con el escudo: vá en seguida á salir, y le detiene
Levigildo.)

ESCENA VIII.

EL REY, LEVIGILDO.

LEV. Albricias, don Ramiro, es nuestro el triunfo!

VOCES. Victoria por Santiago!.. guerra, guerra!

LEV. Ya los contrarios fugitivos huyen:

ya el pabellon por donde quier ondea
del apóstol Santiago, y para colmo
del regocijo y la fortuna nuestra,
Clorinda está ya libre.

REY. Dios eterno!

Ahora bendigo tu justicia inmensa.

Quién la ha salvado, quién?..

LEV. Es un guerrero
terror de las falanjes agarenas.

REY. Mas su nombre cuál es?

LEV. Aunque ninguno
su rostro ha visto en la fatal contienda,
por tenerle encubierto, todos dicen

al ver su arrojo, su indomable fuerza,
y el espanto que causa al enemigo,
que el apóstol Santiago tal vez sea.

REY. Corramos al encuentro de mi hija.

LEV. No es preciso, señor; aqui se acerca.

ESCENA ULTIMA.

Los precedentes, CLORINDA, RODULFO con la visera
calada. DON BERMUDO, EYORICO, jefes y soldados es-
pañoles, que traerán prisioneros y desarmados á los
moros: entre estos estará Abenhaya.)

REY. Hija de mis entrañas

(corriendo á abrazar á Clorinda.)

CLO. (acercándose al rey.) Padre mio!

BER. Perdona, don Ramiro, mis sospechas.

REY. Este es dia feliz, dia de olvido.

(abrazando á don Bermudo)

Momento venturoso! Al fin te estrecha

(volviendo á abrazar á Clorinda.)

mi amante corazon! ¡Oh como tiene
el júbilo embargadas mis potencias!

(A Rodulfo, que habrá permanecido retirado á un lado
sin descubrirse.)

BER. Llegad tambien, el valeroso jóven,

que á Clorinda libró de la perversa
furia del musulman.

REY. ¿Sois por ventura
vos quien la vida y el placer me entrega?

Descubrios por Dios.

(Rodulfo se levanta la visera y se aproxima.)

CLO. Es mi Rodulfo!

REY. Ven á mis brazos, ven, y tú, hija, llega
á ofrecerle tu mano, justo premio
debido á su valor en la pelea.

(Enlaza las manos de Clorinda con las de Rodulfo.)

ROD. Cumplióse al fin mi afan!

CLO. Somos felices!

REY. Bendigaos de Dios la Omnipotencia!

FIN DEL DRAMA.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL
REINO. — Es copia del original censurado.

MADRID, 1852.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA.

Calle del Duque de Alba, n. 13.

De esta comedia hay otra edicion en 8.º, que perteneci6 á
Don Francisco de P. Mellado, pero ambas son hoy dia de Don
Vicente de Lalama.

El premio grande, o. 2.	3	4	José Maria, o viaa nueva, o. t.	1	7	La Feria de Ronda, o. 1.	2	8
El Pacto sangriento, ó la venganza corsa, t. 6 cuadros.	4	11	Juan de las Viñas, o. 1	1	6	La Felicidad en la locura, t. 1.	1	5
El Paje de VWoodstock, t. 1.	1	5	Juan de Padilla, 6 cuadros.	3	11	La Favorita, t. en 4.	3	10
El Peregrino, o. 4.	3	9	Jacobo el aventurero, o. 4.	2	16	La fineza en el querrer, o. 3.	1	3
El Premio de una coqueta, o. 1.	2	4	Julian el carpintero, t. 3.	3	6	Las ferias de Madrid, o. 6 cuadros.	9	14
El Piloto y el Torero, o. 1.	2	4	Juana Grey, t. 5.	2	8	Los Fueros de Cataluña, o. 4.	2	14
El poder de un falso amigo, o. 2.	2	5	Juzgar por apariencias, o. 3	3	6	La guerra de las mugeres, t. 10 cuad.	6	18
El Perro de centinela, t. 1.	1	2	Jugar con fuego, t. 2.	1	3	La Gaceta de los tribunales, t. en 1.	3	4
El Porvenir de un hijo, t. 2.	3	2	Julio César, o. 5.	2	15	La Hija de Cromwell, t. en 1.	2	5
El padre del novio, t. 2.	2	4	Juan Lorenzo de Acuña, o. 4.	2	9	La Hija de un bandido, t. 1.	1	4
El pronunciamiento de Triana, o. 1.	2	9	Laura de Monroy, ó los dos Maestres. o. 3.	2	8	La Hija de mi tio, t. 2.	5	2
El pintor inglés, t. 3.	3	8	Luchar contra el destino, t. 3.	2	8	La Hermana del soldado, t. 5.	2	9
El peluquero en el baile, o. 1.	2	5	Luchar contra el sino, ó la Sortija del Rey, o. 3.	2	8	La Hermana del carretero, t. 5.	2	10
El Raptor y la cantante, t. 1.	1	4	Llueven sobrinos!! o. 1.	2	5	Las Huérfanas de Amberes, t. 5.	2	10
El Rey de los criados y acertar por carambola, t. 2.	2	5	Laura de Castro, o. 4.	3	3	La Hija del Regente, t. 5.	3	13
El robo de un hijo, t. 2.	2	8	Laura, (prólogo, epílogo), o. 5.	2	5	Las Hijas del Cid y los infantes de Carrion, o. 3.	2	9
El rey martir, o. 4.	2	7	Lázaro ó el pastor de Florencia, t. 5.	1	15	La Hija del prisionero, t. 5.	6	16
El Rey hembra, t. 2.	3	3	Latreumont, t. 5.	4	12	La Herencia de un trono, t. 5.	2	11
El Rey de copas, t. 1.	2	3	La Abadia de Castro, t. 7 cuadros.	2	9	Los Hijos del tio Tronera, o. 1.	3	3
El Robo de Elena, t. en 1.	1	5	La Abadia de Penmarck, t. 3.	2	15	Los hijos de Pedro el grande, t. 5.	3	13
El Secreto de una madre, t. 3 y pról.	3	9	La Alqueria de Bretaña, t. 5.	9	13	La honra de mi madre, t. 3.	3	5
El Seductor y el marido, t. 3.	3	4	La Barbera del Escorial, t. 1.	1	8	La hija del abogado, t. 2.	2	5
El sastre de Lóndres, t. 2.	1	5	La Batalla de Clavijo, o. 1.	7	12	La hora de centinela, t. 1.	2	8
El tio y el sobrino, t. 1.	3	4	La batalla de Bailen, zarzuela, o. 2.	2	3	La herencia de un valiente, t. 2.	1	4
El terremoto de la Martinica, t. 5.	2	12	La banda roja, o. 3.	»	4	Las intrigas de una corte, t. 5.	4	7
El Tarambana, t. 3.	4	8	La Berlina del emigrado t. 5.	2	8	La Ilusion ministerial, o. 3.	3	9
El tio y el sobrino, o. 1.	2	3	Los Consejos de Tomás, o. 3.	2	5	La Joven y el zapatero, o. 1.	2	3
El Trapero de Madrid, o. 4.	9	14	La costumbre es poderosa, t. 1.	3	16	La Juventud del emperador Carlos V., t. 2.	2	5
El Tio Pablo ó la educacion, t. en 2.	2	7	La cadena, t. 5.	2	6	La Jorobada, t. 1.	1	5
El testamento de un soltero, t. 3.	2	3	Los celos de una muger, t. 3.	2	8	La Ley del embudo, o. 1.	4	4
El talisman de un marido, t. 1.	2	4	La cola del perro de Alcibiades, t. 3.	5	5	La limosna y el perdon, o. 1.	6	6
El tio Pedro ó la mala educacion, t. 2.	2	7	La caverna de Kerougal, t. 4.	2	6	La loca, t. 4.	3	4
El toro y el Tigre, o. 1.	3	3	La coqueta por amor, t. 3.	1	10	La loca, ó el castillo de las 7 torres, t. 5	2	11
El Tejedor de Játiva, o. 3.	3	6	La corte y la aldea, o. 3.	3	4	La Muger eléctrica, t. 1.	2	3
El Tejedor, t. 2.	1	7	Los cabezudos ó dos siglos despues, t. 1	2	8	La Modista alferez, t. 2.	3	6
El vaso de agua, ó los efectos y las causas, t. 5.	2	5	La calumnia, t. 5.	2	7	La Mano de Dios, o. 3.	2	7
El Vivo retrato, t. 3.	1	6	La castellana de Laval, t. 3.	3	6	La Moza de meson, o. 3.	5	12
El vampiro, t. 1.	2	7	La Cruz de Malta, t. 3.	2	9	La madre y el niño siguen bien, t. 1.	2	6
El último dia de Venecia, t. 5.	2	9	La Cabeza á pájaros, t. 1.	2	8	La marquesa de Seneterre, t. 3.	3	3
El Ultimo de la raza, t. en 1.	2	4	La Cruz de Santiago ó el Magnetismo, t., en 3 a. y un prólogo,	2	5	Los malos consejos, ó en el pecado la penitencia, t. 3.	2	9
El Ultimo amor, o. 3.	2	5	Los contrastes, t. 1.	2	8	La muger de un proscrito, t. 5.	3	6
El Usurero, t. 1.	2	4	La Conciencia sobre todo, t. 3.	2	5	La muger que pierde sus ligas, t. 1.	1	2
El Zapatero de Lóndres, t. 3.	3	9	La cocinera casada, t. 1.	2	4	Los Mosqueteros de la Reina, t. 3.	5	8
El zapatero de Jerez, o. 4.	3	3	Las Camaristas de la Reina-t. 1.	3	4	La Mano derecha y la mano izquierda. t. 4,	3	11
Fausto de Underwal, t. 5.	1	13	La Corona de Ferrara, t. 5.	7	6	Los misterios de Paris, primera parte t. 6 cuadros.	6	14
Fuerte Espada el aventurero, t. 5.	3	7	Las colegialas de Saint-Cyr, t. 5.	3	7	Idem segunda parte, t. 5 cuadros.	8	16
Fernando el pescador ó Málaga y los franceses, o. 3 actos y 10 cuad.	3	15	La Cantinera, o. 1.	2	7	Los Mosqueteros, t. 6 cuadros.	2	14
Gustavo III ó la conjuracion de Suecia. t. 5.	1	11	La Cruz de la torre blanca, o. 3.	1	5	La Marquesa de Savannes, t. 3.	2	5
Gustavo V Vasa, o. 8.	2	16	La Conquista de Murcia, por don Jaime de Aragon, o. 3.	2	11	La Noche de S. Bartolomé de 1572, t. 5.	2	11
Gaspar Hauser ó el idiota, t. 14.	4	9	La Calderona, o. 5.	3	8	La Opera y el sermón, t. en 2.	3	6
Guardapié III: ó sea Luis XV en casa de Mma. Dubarry, t. 1.	3	5	La Condesa de Senecey, t. 3.	3	4	La Pomada prodigiosa, t. 1.	2	2
Guillermo de Nassau, ó el siglo XVI en Flandes, o. 5.	3	7	La Caza del Rey, t. 1.	2	6	Los Pecados capitales, magia, o. 4.	9	9
Geroma la castañera, zarzuela.	1	3	La Capilla de S. Magin, o. 4.	3	4	Los percances de un carlista, o. 1.	3	9
Hasta los muertos conspiran, o. 3.	2	11	La Cadena del crimen, t. 5.	5	9	Los penitentes blancos, t. 2.	5	3
Honores rompen palabras, ó la accion de Villalar, o. 4.	2	8	La Campanilla del diablo, t. 4 y prólogo. Magia.	5	13	La paga de Navidad, zarz. o. 1.	5	13
Herminia, ó volver á tiempo, t. 5.	3	5	Los celos, t. en 3.	3	5	La Penitencia en el pecado, t. en 3.	3	6
Halifax, ó picaro y honrado, t. en 3. y un prólogo.	2	9	Las cartas del conde-duque, t. en 2.	1	7	La Posada de la Madona, t. en 4 y prólogo.	4	9
Hombre tiple y muger tenor, o. 4.	5	5	La Cuenta del Zapatero, t. en 1.	2	6	Lo primero es lo primero, t. 3.	2	5
Honor y amor, o. 5.	4	9	La doble caza, t. 1.	2	6	La Pupila y la péndola, t. 1.	2	6
Inventor, bravo y barbero, t. 1.	2	4	Los dos Fóscares, o. 5.	1	11	La protegida sin saberlo, t. 2.	1	6
Ilusiones, o. 1.	1	4	La dicha por un anillo y mágico rey de Lidia, o. 3. Magia.	4	9	Los Pasteles de Maria Michon, t. 2.	1	7
Isabel, ó dos dias de experiencia, t. 3.	4	4	Los desposorios de Inés, o. 3.	3	3	Los Prusianos en la Lorena, ó la honra de una madre, t. 5.	2	7
Jorge el armador, t. 4.	3	11	Los dos cerrageros, t. 3.	2	22	La Posada de Currillo, o. 1.	2	3
Juí que jembra, o. 1.	3	6	Las dos hermanas, t. 2.	3	5	La Perla sevillana, o. 1.	3	3
			Los dos ladrones, t. 1.	1	3	La Primer escapatoria, t. 2.	2	4
			Los Dos rivales, o. 3.	2	9	La Prueba de amor fraternal, t. 2.	3	3
			Las desgracias de la dicha, t. 2.			La Pena del talion ó venganza de un marido, o. 5.	3	5
			Las dos emperatrices, t. 3.	3	8	La Quinta de Verneuil, t. 5.	4	10
			Los dos ángeles guardianes, t. 1.	1	3	La quinta en venta, o. 3.	1	5
			Los Dos maridos, t. 1.	3	3	Lo que se tiene y lo que se pierde, t. 1.	3	4
			La Dama en el guarda-ropa, o. 1.	2	4			

La Reina Sibila, o. 3.	2	6	Perder ganando ó la batalla de da-	2	3	Una noche en Venecia, o. 4.	2	12
La Reina Margarita, t. en 6 actos.	7	17	mas, t. 3.	2	3	Un viage á América, t. 3.	2	8
La Rueda del coquetismo, o. 3.	2	4	Por tener un mismo nombre, o. 1.	2	4	Un hijo en busca de padre, t. 2.	5	5
La Roca encantada, o. 4.	2	6	Por tenerle compasion, t. 1.	2	4	Una estocada, t. 2.	2	6
Los Reyes magros, o. 1.	5	8	Por quinientos florines, t. 1.	3	4	Un matrimonio al vapor, o. 1.	2	4
La Rama de encina, t. 5.	2	10	Papeles, cartas y enredos, t. 2.	2	5	Un soldado de Napoleon, t. en 2.	3	4
La saboyana ó la gracia de Dios, t. 4.	4	8	Por ocultar un delito, aparecer cri-	3	4	Un casamiento provisional, t. en 1.	3	4
La selva del diablo, t. 4.	1	15	minal, o. 2.	3	4	Una audiencia secreta, t. en 3.	2	9
La Serenata, t. 1.	3	5	Percances matrimoniales, o. 3.	3	3	Un quinto y un párbulo, t. en 1.	2	3
La Sesentona y la colegiala, o. 1.	3	4	Por casarsel t. 1.	2	3	Un mal padre, t. en 3.	4	4
La Sombra de un amante, t. 1.	2	3	Pero Grullo, zarzuela o. 2.	2	6	Un rival, t. en 1.	1	4
Los Soldados del rey de Roma, t. 2.	2	7	Por camino de hierro o. 1.	3	7	Un marido por el amor de Dios, t. 1.	2	3
Los Templarios, ó la encomienda de	1	14	Por amar perder un trono, o. 3.	3	6	Un amante aborrecido, t. en 2.	2	5
Aviñon, t. 3.	2	3	Quién será su padre? t. en 2.	2	5	Una intriga de modistas, t. 1.	8	
La Taza rota, t. 1.	2	11	¿Quién reirá el último? t. 1.	1	1	Una mala noche pronto se pasa, t. 1.	2	1
La Tercera dama duende, t. en 3.	3	7	Querer como no es costumbre, o. 4.	3	5	Un imposible de amor, o. 3.	3	8
La Toca azul, t. en 1.	3	4	Quien piensa mal, mal acierta, o. 3.	3	5	Una noche de enredos, o. 1.	2	3
La tía y la sobrina, o. 1.	6	13	Quien á hierro mata.... o. 1.	2	6	Un marido duplicado, o. 1.	3	4
Los Trabucadores, o. 5.	5	3	Reinar contra su gusto, t. 3.	2	4	Una causa criminal, t. 3.	6	6
La vida por partida doble, t. 1.	3	2	Rabia de amor!! t. 1.	3	3	Una reina y su favorito, t. 5.	3	16
La Viuda de 15 años, t. 1.	4	5	Roberto Hobart, ó el verdugo del rey,	3	6	Un rapto, t. 3.	1	11
La Victima de una vision, t. 1.	1	3	o, 3 actos y prólogo.	3	6	¡Una encomienda!, o. 2.	2	5
La viva y la difunta, t. 1.	3	9	Ruel, defensor de los derechos del	3	6	Una romántica, o. 1.	3	3
Mariana, t. 5 a. y prólogo.	2	5	pueblo, t. 5.	15	9	Un Angel en las boardillas, t. 1.	1	3
Mauricio, ó la favorita, t. 2.	2	4	Ricardo el negociante, t. en 3.	1	9	Un enlace desigual, o. 3.	4	5
Más vale tarde que nunca, t. 1.	2	3	Recuerdos del 2 de mayo, ó el ciego	3	5	Una dicha merecida, o. 1.	1	4
Muerto civilmente, t. 1.	1	3	de Ceclavin, o. 1.	3	5	Una crisis ministerial, t. 1.	2	13
Memorias de dos jóvenes casadas, t. 1.	3	5	Rita la española, t. 4.	2	10	Una noche de Mascaras, o. 3.	4	7
Mi vida por su dicha, t. 3.	5	8	Ruy Lope-Dábalos, o. 3.	2	10	Un insulto personal, ó los dos cobar-	2	4
Maria Juana, ó las consecuencias de	4	12	Ricardo y Carolina, o. 5.	3	4	des, o. 1.	2	4
un vicio t. 5.	2	7	Si acabarán los enredos? o. 2.	2	3	Un desengaño á mi edad, o. 1.	2	5
Martin y Bamboche, ó los amigos de	2	5	Sin empleo y sin muger, o. 1.	2	4	Un poeta, t. 1.	2	5
la infancia, t. 9 cuadros.	2	11	Santi boniti barati, o. 1.	1	3	Un hombre de bien, t. 2.	6	6
Mateo el veterano, o. 2.	3	11	Ser amada por si misma, t. 1.	3	4	Una deuda sagrada, t. 1.	1	4
Marco Tempesta, t. en 3.	3	11	Sitiar y vencer, ó un dia en el Es-	3	4	Una preocupacion, o. 4.	3	6
Maria de Inglaterra, t. 3.	4	7	corial, o. 1.	3	11	Un embuste y una boda, zarz. o. 2.	3	5
Margarita de York, t. 3.	3	4	Sobresaltos y congojas, o. 5.	2	5	Un tio en las Californias, t. 1.	2	5
Maria Remont, t. 3.	1	10	Seis cabezas en un sombrero, t. 1.	3	7	Una tarde en Ocaña ó el reservado	2	6
Mauricio ó el médico y la huérfana,	3	7	Tom-Pus, ó el marido confiado, t. 1.	1	5	por fuerza, t. 3.	3	2
t. 2.	2	11	Tanto por tanto, ó la capa roja, o. 1.	3	5	Un cambio de parentesco, o. 1.	4	5
Mali, ó la insurreccion, o. 5.	2	6	Trapisondas por bondad, t. en 1.	3	3	Yo por vos y vos por otro! o. 3.	1	5
Monge seglar, o. 5.	2	8	Todos son raptos, zarzuela o. 1.	2	7	Ya no me caso, o. 1.	1	5
Monge seglar, o. 5.	3	9	Vencer su eterna desdicha ó un caso	2	8	ADVERTENCIAS.		
Miguel Angel, t. 3.	4	4	de conciencia, t. 3.	2	7	La primera casilla manifiesta las Mu-		
Megani, t. 2.	3	7	Valentina Valentona, o. 4.	4	11	geres que cada comedia tiene, y la segun-		
Maria Calderon, o. 4.	3	7	Vicente de Paul, ó los huérfanos del	1	3	da los Hombres.		
Mariana la vivandera, t. 5.	3	7	punto de Ntra. Sra. t. 5 a. 1 pról.	1	3	Las letras O y T que acompañan á cada		
Misterios de bastidores, 2.ª pte. zar. 1	4	8	Un buen marido! t. 1.	1	3	título, significan si es original ó traducida.		
Ni ella es ella, ni él es él, ó el capi-	4	8	Un cuarto con dos camas, t. 1.	2	8	En la presente lista están incluidas las		
tan Mendoza, t. 2.	4	11	Un Juan Lanas, t. 1.	2	5	comedias que pertenecieron á D. Ignacio		
No ha de tocarse á la reina, t. 3.	3	5	Una cabeza de ministro, t. 1.	1	1	Boix y D. Joaquin Merás, que en los reper-		
Nuestra Señora de los Avismos, ó el	3	5	Una noche á la intemperie, t. 1.	1	3	torios Nueva Galeria y Museo Dramático se		
castillo de Villemeuze, t. 5.	3	7	Un bravo como hay muchos, t. 1.	1	2	publicaron, cuya propiedad adquirió el se-		
Nunca el crimen queda oculto á la	4	8	Un diablillo con faldas, t. 1.	3	6	ñor Lalama.		
Justicia de Dios, t. 6 cuadros.	4	11	Un pariente millonario, t. 2.	2	4	Se venden en Madrid, en las librerias		
Noche y dia de aventuras, ó los ga-	3	5	Un avaro, t. 2.	2	4	de PEREZ, calle de las Carretas; CUESTA		
lanes duendes, o. 3.	3	5	Un casamiento con la mano izquierda, t. 2.	2	4	En Provincias, en casa de sus Cor-		
No hay miel sin hiel, o. 3.	3	5	Un padre para mi amigo, t. 2.	3	5	responsales.		
No mas comedias, o. 3.	3	7	Una broma pesada, t. 2.	2	4	PRECIOS EN MADRID.		
No es oro cuanto reluce, o. 3.	3	4	Un mosquetero de Luis XIII, t. 2.	2	4	Las de la Biblioteca: En un acto, á 3 rs		
No hay mal que por bien no venga, o. 1	3	4	Un dia de libertad, t. 3.	2	4	En 2, 3 ó mas actos, 4 rs.		
Ni por esas!! o. 3.	4	4	Uno de tantos bribones, t. 3.	2	4	En Provincias abonarán UN REAL MAS		
Ni tanto ni tan poco, t. 3.	1	3	Una cura por homeopatía, t. 3.	2	4	por razon de portes.		
Ojo y nariz!! o. 1.	1	3	Un casamiento á son de caja, ó las	2	5	Las que pertenecen al Museo dramático-		
Olimpia, ó las pasiones, o. 3.	2	8	dos vivanderas, t. 3.	7	4	En un acto, á 3 rs. En dos actos, á 4 rs. En		
Otra noche toledana, ó un caballero	1	1	Un error de ortografía, o. 1.	9	5	tres ó mas actos, á 6 rs.		
y una señora, t. 1.	2	4	Una conspiracion, o. 1.	5	4	Las de la Galeria de Boix: En un acto, á		
Percances de la vida, t. 1.	2	4	Un casamiento por poder, o. 1.	3	8	3 y 4 rs. En dos actos, á 5 y 6 rs. En tres ó		
Perder y ganar un trono, t. 1.	3	12	Una actriz improvisada, o. 1.	2	3	mas actos, á 6 y 8 rs.		
Paraguas y sombrillas, o. 1.	2	3	Un tio como otro cualquiera, o. 1.	1	5	MADRID : 1851.		
Perder el tiempo, o. 1.	2	5	Un motin contra Esquilache, o. 3.	3	3	IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,		
Perder fortuna y privanza, o. 3.	3	11	Un corazon maternal, t. 3.	2	3	Calle del Duque de Alba, n. 13.		
Pobreza no es vileza, o. 4.	2	10		2	3	Véase el Suplemento.		
Pedro el negro, ó los bandidos de la	3	3		2	3			
Lorena, t. en 5.	2	10		2	3			
Per no escribirle las señas, t. en 1.	3	3		2	3			